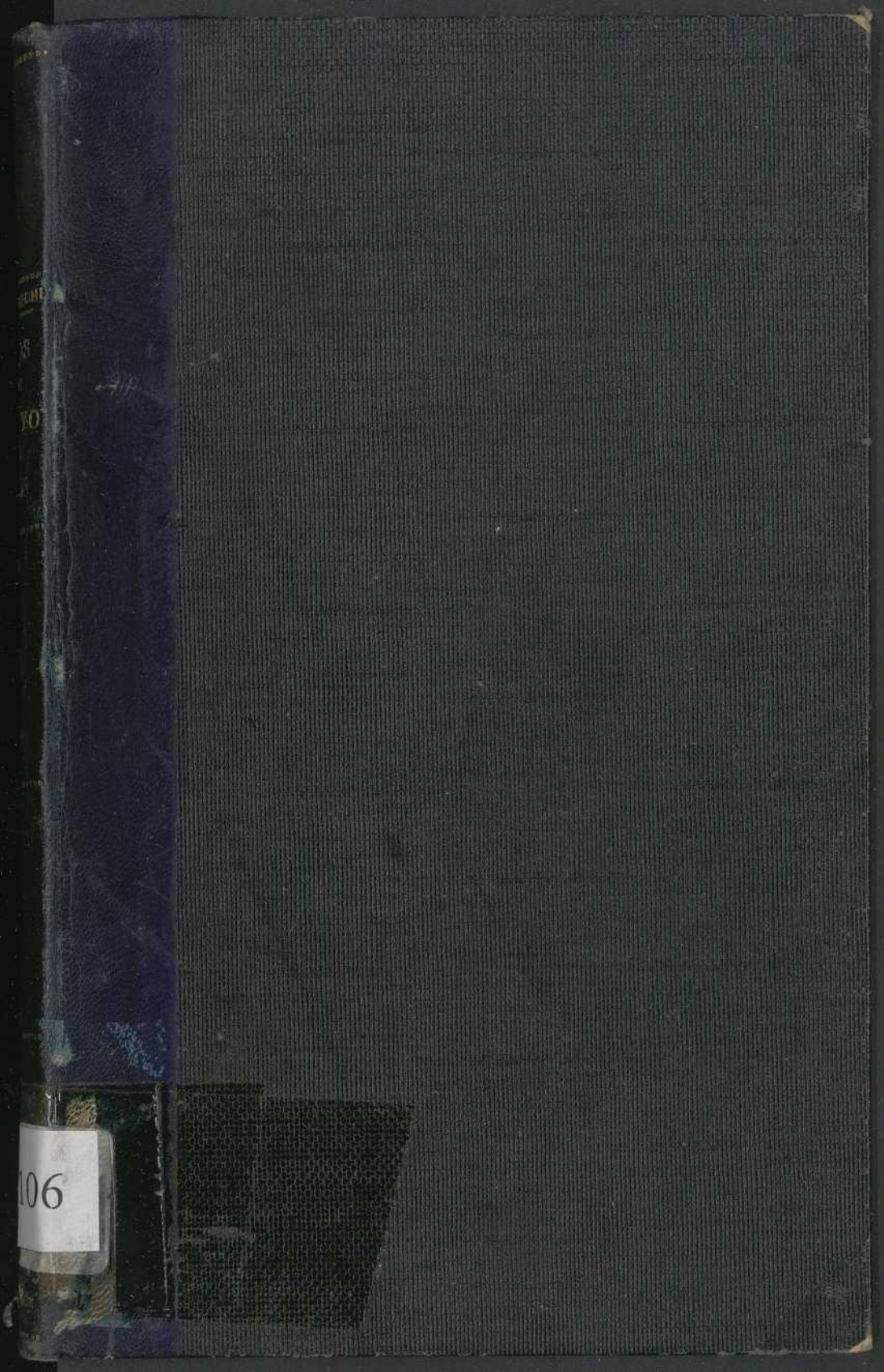


18106

General G. de Arteche.

VII
26

DOS DE MAYO DE 1808

BIBLIOTECA PUBLICA
BURGOS

Imprenta, Juan Bravo, 5.

DOS DE MAYO DE 1808

40/344 VII 26

GENERAL G. DE ARTECHE

DOS DE MAYO DE 1808

DOS DE MAYO DE 1808 ✤ EL LUTO DEL DOS DE MAYO ✤ NAPOLEÓN Y EL DOS DE MAYO. ✤ EL DOS DE MAYO EN LA DIVISIÓN DEL MARQUÉS DE LA ROMANA. ✤ CARTA AL SEÑOR DIRECTOR DE *LA ÉPOCA*. ✤ VINDICACIÓN PATRIÓTICA. ✤

BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS

B.P. BURGOS
N.R.
N.T. 124817
C.B.

IMPRENTA, JUAN BRAVO, 5.

DOS DE MAYO DE 1808

CUADRO HISTÓRICO

Muy difícil se ha hecho dar novedad á la narración de suceso tan ruidoso como el del 2 de Mayo de 1808.

Desde hace setenta y cuatro años no ha transcurrido uno solo en que haya la Nación dejado de conmemorar aquel día de dolor y gloria, cuyo recuerdo llegará á la posteridad más remota. Madrid sobre todo, cuna de tanto y tanto héroe, mártires á la vez de su lealtad y patriotismo, no deja pasar aniversario alguno sin acudir con sus más fúnebres ofrendas al ancho campo donde se alza el monumento en que yacen reunidos sus hijos predilectos. La prensa ha vomitado en ese tiempo libros y libros; allá desfigurando la hazaña para arrebatar á su memoria las simpatías que merece; en otro lado para rebajar su importancia y acortar su alcance en los resultados que obtuvo; aquí para rendir un tributo justísimo de admiración al alarde de independencia más sublime que han hecho las generaciones modernas. Tanto

se ha escrito, con efecto, en tratados de historia, en monografías de aquella jornada, en memorias y relaciones personales, en periódicos y hojas sueltas, que, lo repetimos, no es fácil ya evocar recuerdos que sorprendan ni producir ideas que den nuevo carácter á la historia de un acontecimiento que tantos y tan celebrados cronistas ha tenido.

Tal resonancia tuvo, sin embargo, y consecuencias tan importantes, que aún late el corazón con su relato; y si pueden darse por agotadas las fuentes de investigación, y se hace por consiguiente estéril toda diligencia, todavía presenta objetivos al historiador entre los varios y tan distintos que ofrecen sus causas, sus móviles y resultados para la lucha que inició contra el coloso que tenía á sus pies humillada y sujeta la Europa entera.

Y ¿quién lo provocó?

Porque el del Dos de Mayo, según hemos dicho en otra ocasión, cual ésta solemne y oportuna, no es un acto premeditado, como por ejemplo el de la expulsión de los *Treinta* de Atenas ó de los franceses de Sicilia, en que Trasíbulo y Prócida conspiran largo tiempo, buscan auxiliares fuera del país, van juntando en el suyo parciales, los arman, é inspirándoles el entusiasmo de su patriotismo, se lanzan al combate que ha de salvar á todos del yugo extranjero. No: el del Dos de Mayo es un acto espontáneo; sin concierto ni preparación de ningún género, ejecutado tan

pronto como nacido, no en la mente, sino en el corazón de los madrileños, provocados, ellos sí, más que por la jactancia de los soldados sus huéspedes, por la conducta del general al interpretar y poner en ejecución los planes de su augusto amo el emperador de los franceses.

Y si no, veámoslo.

No ya en el tratado de Tílsit, en cuyos artículos secretos asoma la agresión á Portugal, tan ligado á España geográfica y políticamente; no ya en Berlín, al tener conocimiento del torpe manifiesto de 6 de Octubre de 1806, dado á luz por Godoy en los críticos días de Jena y Averstaedt, sino que en 1801, desde la paz de Badajoz, se andaba fraguando *el rayo que debía estallar* sobre la monarquía española.

Si esto era así cuando sin agravios que vengar, sin quejas, al menos justas, que producir, no habían arraigado el prestigio y la autoridad de quien todavía se mostraba satisfecho con la gloria ya adquirida y una simple magistratura en el gobierno, esencialmente democrático, de su país, ¿qué no debería temerse del gigante, coronado Emperador, victorioso del Austria, de la Prusia y del autócrata ruso, con recelos, además, y pretextos, ya que no motivos, que exponer para la satisfacción de sus nuevas y cada día crecientes ambiciones?

Pero aquí viene el desvanecimiento á coronar la obra política, errada hasta no más, de Napoleón en las márgenes del Niemen. Engreído con aque-

llos triunfos en que, á la grandeza de Alejandro, ha sabido unir la prudencia de un Fabio y la habilidad del primer César romano, por satisfacer al moscovita que ya se mira en Constantinopla á pesar de su vencimiento en Eylau y Friedland, y por abrazar así en su sistema continental el imperio de Occidente con que está soñando, deja á Prusia y Austria, unidas por la desgracia, tan rencorosas para lo porvenir como humilladas, al presente, y abatidas, una Polonia incompleta, una Confederación, ni alemana ni francesa, con príncipes antipáticos ó desautorizados: un más allá del Rhin, por último, imposible de gobernar, sin fuerza ni solidez en su constitución para utilizarlo, y sin voluntad de servirle en sus proyectos sucesivos.

A esos errores que, ya que indisculpables, pueden tener su compensación en la gloria adquirida y el miedo que impone, añade Napoleón el que sólo su desvanecimiento, según acabamos de decir, y su ambición insaciable van á sugerirle. Necesita vencer á la Inglaterra, única nación que todavía le resiste en Europa; y, no pudiendo conseguirlo por las armas, lo pretende separándola del continente con una valla de intereses tan espesa y robusta como profunda y ancha es la del mar que la rodea. Piensa también reemplazar con el África las colonias americanas cuyos productos le impide recibir la marina inglesa, y, ya que le esté vedada la navegación por el Atlántico, hacer un lago francés del Mediterráneo

Lanzados á Sicilia los Borbones de Nápoles, sólo España y Portugal pueden blasonar de independencia en el Occidente. Y como sabe que Portugal está á la devoción, casi incondicional, de la Gran Bretaña, y que al pueblo español repugnan los lazos tan torpemente contraídos con la Francia, conocimiento que se ha hecho evidencia desde aquel mismo tratado de Badajoz puesto en ejecución sin contar con él, y la proclama de Godoy, sólo contra él dirigida, se propone, á la vez que satisfacer su ambición, quitar ese que tiene por estorbo para sus planes de empobrecer, ya que otra cosa no, á la Inglaterra. Pero como si presintiese las dificultades que iba á encontrar y el abismo en que iba á hundirse, él, tan arrogante en sus propósitos y tan osado en sus resoluciones, buscó en los extensos horizontes de su talento y en los oscuros pliegues de su corazón, armas con que abrirse camino á un pueblo ya empobrecido por sus desgracias, humillado por los desaciertos de su gobierno, sumido en la indiferencia, si no en la postración más honda.

¿Sería que temiese *dispertar al león,* como indicaba después, haciendo *estallar el rayo* precedido del trueno horrísono de la tempestad de iras, venganzas y ambiciones que agitaban su ánimo y constituían el fondo de su carácter?

Parece imposible, en el temple de su alma y en la grandeza de su posición después de triunfos tan esplendorosos; pero es lo cierto que no halló medio mejor que el de adormecer más y más al

león para aherrojarlo fácilmente. Avivó la división, ya profunda, que el favoritismo de Godoy había introducido en la Familia Real; y, valiéndose de las preferencias con que el pueblo español halagaba al Príncipe heredero, y fomentándolas por Beauharnais, su Embajador en Madrid, trató de hacerse un partido que le facilitara la intervención que creía necesaria, como preparatoria de sus proyectos, de tan larga fecha concebidos.

Pero, ¿y el pretexto para dar fuerza luego á ese pensamiento verdaderamente maquiavélico? Pronto lo halló el Emperador en su siempre fecunda y ardiente imaginación.

Como aliada de la Francia, España estaba en guerra abierta con la Gran Bretaña; pero Portugal no, y, por el contrario, era en Occidente la única potencia que no se sometía al empeño napoleónico del *bloqueo continental*. Era necesario obligarla á él, según lo convenido con el Emperador Alejandro en uno de los artículos secretos del tratado de Tilsit; y España, por el no publicado aún de Fontainebleau, contribuiría á conseguirlo con tres cuerpos de ejército, que, en combinación con uno francés, invadieran aquel reino, que después sería repartido entre el Rey de Etruria con la parte septentrional, y Godoy con los Algarves y Alentejo, quedando las demás provincias en secuestro hasta la paz. Otro ejército de 40.000 hombres, nada menos, se establecería en Bayona para apoyar al del general Junot, si los

ingleses procurasen contrarrestar plan tan meditado, halagüeño, sobre todo, para el presuntuoso valido, interesado en él. Ese ejército, sin embargo, fué penetrando lentamente en España, á la vez que los mensajes del Emperador, dirigidos á acalorar en el Palacio Real la discordia, ya trasparente á todos con los escándalos del Escorial, y para con nuevos proyectos, como el de la cesión de la izquierda del Ebro á la Francia, desorientar al Favorito de los que en realidad abrigaba su *gran protector*. La ocupación, además, de las plazas más fuertes de la frontera, de cuantas constituían nuestra base defensiva en ella, y el cuarto de conversión, después, de los franceses de Valladolid y Burgos hacia la capital, pusieron el colmo á las dudas, á los recelos, al terror, en fin, que dominaba á la corte, agobiada ya por los presentimientos de su desgracia y la general de la Patria.

¿Qué hacer entonces....? Se pensó en la fuga al otro lado del Atlántico, y aun se dieron los primeros pasos para ella, situándose la Familia Real en Aranjuez, de donde hubiera seguido á Cádiz sin la revolución del 17 de Marzo, que produjo la caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV.

El nuevo monarca era adorado de los españoles, efecto de sus desgracias, de la persecución incesante de que había sido objeto y de las esperanzas que infundían su juventud y talento. Pero la nación estaba dividida, habiendo españoles que creían no deberse conformar con un cambio que

consideraban ilegal, como resultado que era de la fuerza, no de espontánea resolución de quien podía ó no tomarla; asomaba á las puertas de la capital un ejército numeroso llevando á su cabeza un general, ya príncipe soberano, pero cuyos servicios y su parentesco con el Emperador le hacían sospechoso de mayores ambiciones todavía; ocupaban otros cuerpos, también considerables, de tropas, una parte, la más importante, del territorio y sus mejores plazas de guerra, y eran, por fin, muy pocos los soldados que quedaban á España, alejados en su mayor número por la previsión del Emperador á las regiones septentrionales de Europa, ó mezclados con los de la Francia en Portugal, impotentes, por lo tanto, para una acción cualquiera defensiva en la monarquía.

En su optimismo de siempre, el pueblo español se hacía, sin embargo, la ilusión de que las protestas de la antigua corte no producirían efecto cuando Napoleón se manifestaba protegiendo al príncipe acabado de proclamar rey con tanto entusiasmo; de que la entrada de las tropas francesas no significaba sino esa misma protección, el amparo nunca solicitado en balde por la desgracia á corazones tan generosos como el del magnánimo Emperador; de que España pesaba mucho en los destinos del mundo para no preferir su alianza á las contingencias de su enemistad ó desvío en la situación delicadísima por que atravesaba la Europa; de que las operaciones todas del ejército francés, por último, la ocupación de las plazas,

el misterio que encerraban las palabras y hasta los oscuros procedimientos de los delegados imperiales, eran la prueba más fehaciente de que todo aquel aparato político-militar iba contra Godoy, no en perjuicio de Don Fernando.

¡Pronto le sacarían de su engaño los sucesos!

La entrada del nuevo soberano en Madrid, como la de ningún otro de ruidosa de parte de los habitantes, encontró de la de Murat señales de descontento y hasta estorbos, casi oposición. El Gobierno se vió cohibido en sus providencias, y el Rey, sin la consideración merecida, obligado, para obtenerla del Emperador, á adelantarse cándidamente en su busca, creyendo que se le acercaba para abrazarle y sosegar las inquietudes levantadas en su ánimo y el de muchos españoles por la conducta sospechosa de los franceses y de su insolente general.

Concluyeron, al fin, por correr el velo con que cubría los ojos de los españoles la falacia de su fingido protector y amigo, las noticias de Bayona, donde libraban batalla descomunal para los destinos de la Patria, la legalidad antigua y el nuevo derecho; discordia tanto más inmoral y escandalosa, cuanto más lejos se manifestaba de su propio campo, y fiera y temerariamente atizada por él de ese modo, árbitro inapelable de la suerte y hasta de la vida de los augustos contendientes. *La casa de Braganza había dejado de reinar en Europa*, según la frase oficial de Junot; sentíase en toda la Península el rumor sordo y amenazante

BIBLIOTECA BU

que provocaba tamaño atentado, repitiéndolo el eco, primero en Vitoria al romper el pueblo los tirantes del coche que transportaba á D. Fernando á Francia, y en Burgos después, y en Toledo, donde *el populacho había pasado á grandes desórdenes,* como decía Murat, que á lo visto no hallaba un español que le escribiese su famosa proclama de 23 de Abril. Para concluir; las calles de Madrid y las praderas del Manzanares eran teatro de las escenas más elocuentes del cambio de relaciones que se operaba entre españoles y franceses, prólogo tremebundo del sangriento drama que ya se representaría de un momento á otro.

Tal era la situación de España el 1.° de Mayo de 1808. ¿Se la quiere más triste y pavorosa?

Ya hemos dicho que venía de muy lejos el pensamiento de unir la España al sistema napoleónico, y acabamos de ver que se habían buscado, al intentarlo, otros medios que los hasta entonces puestos en juego para ocasiones parecidas, los subterráneos más reprobados, en vez de los, aunque no siempre justos, propios empero de un gran conquistador. Ahora vamos á ver que la provocación para la ruptura, que no podía hacerse ya esperar, partió de los que, teniendo la fuerza, se consideraban irresistibles al emplearla para llegar al fin que se habían propuesto.

Si en el interior de Madrid era escasa esa fuer-

za, la sólo necesaria para la seguridad del gran Duque y de los parques, campaban en el Retiro, la Casa de Campo, la Moncloa y San Bernardino de 35 á 40.000 hombres de todas armas, apoyados por otros 20.000 desde Toledo, Aranjuez y el Escorial. Teníalos su jefe en constante ejercicio y sin roce con los habitantes por recomendación especial del Emperador, que le había prevenido la más severa disciplina y el continente mismo que al frente del enemigo.

Para resistir las violencias á que pudiera entregarse ese jefe en obedecimiento de las instrucciones que hubiera recibido, había en la población 3.000 soldados apenas, sin otro destino que el de conservar el orden y el prestigio y la autoridad, sólo aparentes ya, del Gobierno español. A las demás tropas, las que no se hallaban en Dinamarca, habían pasado á Portugal ó se mantenían en el campo de San Roque, se las tenía alejadas de Madrid ó guardando las comunicaciones y los convoyes de los franceses, que querían mantenerse siempre concentrados. Existía, con todo, un elemento de oposición á las violencias que se preparaban contra España, muy superior al de la fuerza armada, impotente sin el apoyo de la opinión pública. Ese elemento era el pueblo en su masa general, irritado con el espectáculo que presenciaba, herido en sus sentimientos más íntimos, en su orgullo sobre todo con suponerle en la más honda abyección é incapaz, por consiguiente, de vengar la injuria que se preparaban

á inferirle sus huéspedes, ya mal encubiertos enemigos.

Que se buscaba una ruptura que acabase con las vacilaciones de la tenebrosa política emprendida, se podía observar en la conducta de los franceses, impelidos á no dudarlo por sus jefes á provocarla, y en las reclamaciones hipócritas del gran Duque, fingiéndola en propia defensa y como resultas de una prevención hacia sus subordinados, que consideraba tan destituída de fundamento como injusta. El continuo alarde de fuerzas en el Prado, el desfile por las calles con su fastuoso general á la cabeza, y la proclama, en fin, ya citada del 23 de Abril, denunciando motines, provocados por los invasores, y amenazando con encargarse de su represión y castigo, eran sólo excitaciones que se esperaba produjesen su efecto en el carácter exageradamente impresionable de los españoles. Y efectivamente, los madrileños contestaban á aquellos alardes con la manifestación de una indiferencia quizás simulada; á los desfiles, con algaradas, no pocas veces, y silbidos; y á la proclama, con los comentarios más ofensivos y la lectura al aire libre de las noticias que se recibían de Bayona, publicadas por la Junta de Gobierno, que presidía el Infante Don Antonio.

Con eso, dice muy bien el general Foy, "los soldados franceses se acostumbraron á mirar como enemigos á los partidarios de Fernando VII"; "y para éstos, añadimos nosotros, se había descorri-

do el velo que ocultaba las intenciones de Napoleón."

Las nubes, pues, que amenazaban anegar á España en sangre se cernían ya sobre la capital. Cargadas se hallaban de electricidades desiguales y preparándose á chocar; de ambiciones, formada la una de violencias y despóticos anhelos; del ansia de libertad la otra; ambas de ira, de rencor y deseo de la venganza.

¿De dónde partiría el movimiento para encontrarse? ¿Del punto en que se forjaba el *rayo* tanto tiempo hacía, ó del en que, sintiéndolo encima, se pretendía apagarlo con el mar mismo de sangre y de dolores que se dirigía desencadenado hacia él? Veámoslo.

El día 30 de Abril hacía ver Murat á la Junta de Gobierno cartas en que los Reyes padres disponían el viaje á Bayona de la Reina de Etruria y del Infante Don Francisco, dos de sus hijos que habían quedado en Madrid. Había ya para entonces obtenido el asentimiento de la Princesa, deseosa de salir de la situación difícil en que se hallaba, acusada por la opinión pública de ser la única persona de la dinastía á quien guardara atenciones el presuntuoso y arrogante mariscal.

Pero aun así, la Junta, después de conferencias secretas entre sus vocales y de sustituirse, para el caso de un atropello, con otra que levantara en las provincias el espíritu público contra los violentadores, se resistió á la salida del Infante, desechando la proposición que la hacía Murat de

asumir él toda la responsabilidad de tal providencia sacando de palacio al regio vástago en las altas horas de la noche.

La pretensión del gran Duque, las negociaciones y el acuerdo negativo de la Junta, se hicieron públicos en Madrid la mañana del 1.° de Mayo; y bien pudo aquél conocerlo por las demostraciones que recibió de los habitantes al cruzar la Puerta del Sol al frente de sus tropas, revistadas en el Prado como todos los domingos anteriores. Así es que, al amanecer del 2, corría una gran parte de la población hacia el Palacio Real, en expectativa de los sucesos que se aguardaban al saberse la resolución, que se había hecho irrevocable en Murat, del viaje del menor de los hijos de Carlos IV. De las avenidas todas afluía á la plaza de armas una multitud revuelta y abigarrada, atropellándose por llegar, como en día tempestuoso, el agua de los torrentes cayendo á las profundidades de un abismo. Porque tal lo era la plaza de Palacio en el apretado apiñamiento de tantas gentes empujadas á ella por una fuerza, la sola acaso, en aquel instante, de la curiosidad, pero fáciles también de dejarse sorprender de muy diversos sentimientos, la ira, entonces, el deseo de la venganza, el ansia patriótica y el orgullo nacional herido, así como, al menor accidente, del propósito de resistir el atropello con que veían querérselas comprometer para mejor y más fácilmente dominarlas. Y grupos aquí, crecientes por minutos, torvos los semblantes y consultándose sus impre-

siones; otros, más allá, en que las preguntas breves, entrecortadas, anhelantes, del que llega, se cruzan rápidas con las respuestas misteriosas, secas ó despreciativas, del interpelado; en todos, sin embargo, fijas las miradas en los balcones, como para adivinar lo que sucede en las regias estancias, ó en la puerta principal, en cuyo fondo se descubren los coches en que va á desaparecer la única representación existente en España de la dinastía que en sí reasume la dignidad y la independencia de la Nación.

Sale uno de los carruajes y la muchedumbre se abalanza á los cristales para sondear su fondo. En él se destaca la silueta de la Reina de Etruria que pasa sin obstáculo alguno y, lo que es más significativo, sin reclamación, sin los saludos siquiera ni las inclinaciones de otros tiempos. Pero cunde la voz, transmitida por la servidumbre real, de que Don Francisco, derramando lágrimas y con acento lastimero, se resiste á abandonar la tierra patria; y la gente se amontona en las puertas, invade los pórticos y amenaza ganar la marmórea y regia escalera. La presencia del Infante, un gesto suyo, la intervención de un agente cualquiera del Mariscal, la menor señal de violencia, bastan ya para producir la explosión del descontento y de la furia populares, cuando el grito de *¡Nos lo llevan!*, "estridente, desgarrador, lanzado por una anciana haraposa, arranca de la multitud, como en otra parte hemos dicho, la resolución heroica de resistir al vencedor de la Europa".

Ya no hay freno para aquellas gentes. Como impelidas por un resorte poderoso, precipítanse al coche, rompen los tirantes y lo apartan del sitio, entre los aplausos de cuantos no pueden tomar parte en la hazaña. La llegada en aquel momento de un Ayudante del Gran Duque es saludada con una gritería ensordecedora, con silbidos é insultos; debiendo el oficial la vida á uno de guardias wallonas, que resiste el primer ímpetu de los circunstantes, y luego á la fuerza francesa que acude en su auxilio. Pronto aparece, además, la que daba la guardia al Mariscal en el palacio de Doña María de Aragón, su alojamiento, reforzada con dos piezas de artillería, que no tardaron en romper el fuego sobre la inerme multitud, y, con él, la sombra de inteligencia amistosa que aún quedaba entre España y el imperio napoleónico.

La profecía de Pitt en 1805 se había cumplido: *España es el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica,* la guerra nacional, *la sola que puede libertar la Europa.*

Los que huyen de Palacio llevan la alarma á Madrid y sus barrios con la voz, que á todos extienden, de la alevosía de los franceses y la traición de su Emperador. Llénanse las plazas y las calles de gentes de todas clases y condiciones, mal armadas, cual es de suponer, pero creyéndose como con bríos, con fuerza y con recursos, decididas á no dejar impune la violencia de que son objeto.

Al revés, sin embargo, que en otras partes con

motivo semejante y ocasión igual son respetados los franceses inermes sorprendidos en las calles, y los que apelan á la generosidad castellana, y así lo confiesan historiadores de su nación; cebándose la ira popular en los que la afrontan y en los mamelucos particularmente, que parecen provocarla con su traje y sus, aunque imitadas, agresivas y bárbaras maneras.

Pero ¿qué podían alcanzar la arrogancia de tal y tan generosa resolución, alarde, como aquel, tan temerario, ni el sacrificio, aunque sublime, á todas luces inútil, de tanto y tanto hombre esforzado como á él se ofrecía sin esperanza, al menos fundada, de triunfo ni de recompensa alguna? Los menos imprudentes tendrían muy pronto que ocultarse, y los más acalorados y valerosos serían barridos por el hierro, el plomo y el huracán incontrastable de los jinetes enemigos.

Y así sucedió en las principales calles, en las de Alcalá, sobre todo, en la carrera de San Jerónimo y en la Puerta del Sol, á que naturalmente se dirigieron las columnas francesas, llamadas de los campamentos próximos. Fueron impotentes para contenerlas en su marcha el ardimiento y la audacia más extraordinarios que ha exhibido pueblo alguno, la más provocativa y tenaz resistencia que haya podido oponerse en las calles y las plazas, desde los balcones y tejados, los actos de un heroísmo que rayó en esos delirios patrióticos de que sólo habían ofrecido ejemplo las edades más remotas.

No caben aquí los innumerables que los madrileños dieron de gallardía en aquel día de memoria eterna. De los andamios de una casa en construcción caen sobre el enemigo ladrillos y piedras, cuantos materiales hay en lo alto acopiados para la obra; los muebles vuelan de los balcones al empedrado para aplastar á un francés ó cubrir á los defensores sirviéndoles de barricada; hombres sueltos ó reunidos, armados de escopetas ó trabucos, de sables ó navajas, corren al encuentro de una columna ó la esperan en las encrucijadas, creyendo poderla detener; hasta las mujeres salen valientemente de los portales á luchar con los jinetes que en tropel transitan la vía pública, suponiéndose bastante fuertes para resistir la *furia francesa,* incontrastable hace veinte años aun para los poderosos ejércitos de la Europa septentrional.

El *personalismo ibérico* levanta la pesada losa con que hace tantos siglos parecía tenerlo sujeto la civilización; y asoma de nuevo su cabeza á esta su tierra clásica la *guerra de fuego,* como único y supremo recurso de un pueblo sin organización ni elementos militares.

Pero ¿cómo vencer así á las legiones más aguerridas y más disciplinadas del mundo, con el orgullo y el estímulo de sus infinitas victorias?

Ya lo comprenden los más sagaces y buscan en los cuarteles el apoyo y la cooperación de nuestros soldados. Y la hubieran obtenido, tal era la inquietud y el descontento que entre ellos reina-

ba, sin las órdenes terminantes de las autoridades militares y la superior de la Junta de Gobierno, que, ante la desproporción de las fuerzas y el temor á los atropellos que pudieran intentarse en Bayona contra la Familia Real, huía la responsabilidad de un movimiento de resultados á todas luces funestos.

No lograron, con todo, esas disposiciones, tomadas muy de antemano en previsión de un conflicto y dictadas por un espíritu de prudencia no ajena al patriotismo de los claros varones que componían la Junta, no lograron impedir que algunos oficiales y soldados, dejándose llevar de las impresiones de su ánimo levantado, desoyesen la voz de sus jefes para atender á la del pueblo, comprometido en empresa tan hazañosa y simpática.

Al talento, por todos reconocido, de aquellos oficiales no podía esconderse el fracaso inmediato, ejecutivo, de la acción á que iban á entregarse con todas sus fuerzas; si la acometían era por esa intuición de las grandes almas que les presentaba como no estéril, sino por el contrario, fecundo y glorioso el sacrificio indubitable á que se ofrecían en holocausto á la patria.

¡Inspiraciones del cielo en las contadas personalidades que elige para la ejecución de sus altos designios, y no pocas veces en las masas populares, haciéndolas guiar, más que por la conciencia de sus actos, por los impulsos de su corazón, el sentimiento de su dignidad y el orgullo de su raza!

Entre esos oficiales brillaron por sus antecedentes, pero más todavía por la parte que les cupo en la jornada, Daoiz y Velarde, capitanes distinguidísimos de artillería, que desde entonces figuran á la cabeza de los de su clase en la escala del Cuerpo.

El primero había prestado grandes servicios al país en Ceuta y en Orán, en la guerra con la República francesa y en el bloqueo de Cádiz por los ingleses; el segundo en la campaña de Portugal; y los dos gozaban de superior concepto como oficiales facultativos, acreditado por aquél en sus relaciones con los de la Armada, en el largo tiempo en que alternó con ellos para el servicio marítimo, y por éste en su carácter de *sublime*, en el cargo que desempeñaba de Secretario de la Junta superior del arma, y en las gestiones practicadas, aunque en vano, por Murat para atraerlo á su estado mayor y al servicio de Napoleón.

No reunían tantas ni tan sobresalientes circunstancias otros de los que, abandonando sus banderas, se decidieron á arrostrar la responsabilidad del movimiento popular del Dos de Mayo. Pero, aun así, los hubo que, por su conducta patriótica y su valor en aquel día glorioso, han merecido que la posteridad esculpa sus nombres en los fastos imperecederos de la Historia.

D. Rafael de Arango, teniente también de artillería, el primero de los oficiales que acudieron al Parque, su compañero D. Felipe Carpena, el capitán D. Rafael Goicochea, del regimiento Volun-

tarios del Estado con la compañía de su mando y varios subalternos, el exento de Guardias D. José Pacheco y el meritorio de cuenta y razón D. Manuel Almira, han alcanzado esa gloria. Uno, sin embargo, D. Jacinto Ruiz, teniente de Goicochea, logró, con su conducta y el fin desgraciado á que le llevaron sus servicios junto á Daoiz y Velarde, rodearse de aureola tan brillante que, junto á ellos también, figura en la lista para siempre memorable de los mártires, sus compañeros.

Como por acuerdo previo fueron penetrando en el Parque, establecido entonces en el palacio de Monteleón; el primero, según ya hemos dicho, Arango, que se dedicó á disponer parte del armamento allí existente y algunas municiones; Daoiz luego, y Velarde, y sucesivamente los demás oficiales ya citados, con la fuerza de voluntarios, que no halló resistencia en el destacamento francés que guardaba el edificio por no temer su jefe agresión alguna de las tropas regulares del ejército. Con el clamoreo del pueblo que se agolpaba á la puerta, la memoria del espectáculo lastimoso que venía de presenciar en las calles, y los arrebatos de ira y entusiasmo de sus compañeros, acabaron las vacilaciones de Daoiz, quien con los artilleros, ocupados en preparar las armas, se dirigió á la entrada del Parque y la franqueó á los paisanos, que inmediatamente desarmaron á los franceses, estupefactos ante irrupción tan violenta, facilitada por el, en su concepto, menos sospechoso de intentarla.

Ya no se podía retroceder; y á esa resolución, si arriesgada, generosa también y patriótica, sucedió la mayor actividad en los preparativos para resistir el ataque, ya inmediato, de una columna francesa que las gentes del pueblo anunciaban desde los balcones de las casas próximas.

Un metrallazo de puertas adentro destrozó la cabeza de la columna, cuyos gastadores trabajaban para abrirse paso al interior, huyendo el resto por la calle de San José, perseguido por la fusilería que Velarde y Daoiz habían situado en las ventanas del edificio. Pudo entonces atenderse más desahogadamente á la defensa, y se establecieron las piezas en la calle, enfilando las avenidas del Parque y apoyándolas en una pequeña fuerza y los paisanos de las casas.

Dos veces se renovó el combate, de que no era fácil desistiesen tropas como las francesas, mucho menos cuando se daba por terminado el del interior de la villa, así por la acción del ejército imperial que la había invadido con fuerzas muy numerosas, irresistibles de consiguiente, como por la intervención de la Junta de Gobierno, cuyos vocales más autorizados, de acuerdo con el Gran Duque, iban por todas las calles y plazas aconsejando la sumisión con palabras de paz y promesas de concordia.

La primera vez fué derrotada, como lo había sido la anterior, la columna que á paso de carga consiguió llegar hasta casi tocar las piezas, sin temor á la metralla que sobre ella vomitaban: en

la segunda, el general Lefranc, que conducía dos de sus batallones al ataque sin contestar siquiera al fuego que se le hacía, superó cuantos obstáculos se le opusieron, se apoderó de los cañones, arrolló á los artilleros y, penetrando en el Parque, acabó con todas las resistencias. Daoiz cayó herido junto á una de las piezas al esgrimir su espada contra el general francés; Velarde fué muerto de un tiro, y Ruiz, herido también gravemente, debió su salvación, por el momento, á haber quedado casi exánime entre los muertos. Como Daoiz, conducido á su casa, donde pocas horas después exalaba su último aliento, y los demás oficiales comprometidos con él, Ruiz pudo salir del Parque en hombros de algunos de sus voluntarios gracias á la generosidad del jefe francés, que, olvidando la violencia de que había sido objeto al principio de la acción, estimó los miramientos con que después se le había tratado.

Tal fué, en brevísimo resumen, la memorable hazaña del Dos de Mayo de 1808 en Madrid.

Ni podía ser otra la eficacia de su acción sin más medios que los de que dispuso, ni otro que el que obtuvo, su resultado inmediato. Y el mismo hubiera sido de unirse al pueblo las tropas españolas de la guarnición. La lucha se habría hecho más larga, más obstinada, contando con recursos de mayor consistencia; pero, sin inclinar éstos la balanza de otra parte, la sangre que se vertiera,

mucho más copiosa, hubiera aumentado el rigor de los vencedores, justificándolo mejor á los ojos de la posteridad.

Pero por lo mismo es más meritorio el sacrificio de los madrileños, su abnegación más sublime y más glorioso también su alarde incomparable de patriotismo. Pelearon en la medida de sus fuerzas; pero con entusiasmo tal resistieron la meditada imposición que se proponían los invasores, y con resultado tan ruidoso provocaron la venganza de sus compatriotas de las provincias, que á ellos en primer lugar se debe, no sólo la explosión nacional que sucedió inmediatamente á su proeza, sino el carácter de ardimiento y de tenacidad que hicieron ineficaces en España el valor, la disciplina y el número de los enemigos, así como la experiencia y habilidad de sus generales y el genio sin igual de su Emperador.

Murat extremó la represión y manchó su victoria con bárbara fiereza.

Un bando que ha merecido á algunos, y con justicia, la calificación de *draconiano*, amenazando de muerte á los sorprendidos con armas que aquí se han llevado siempre por el pueblo, hasta con instrumentos de usos puramente domésticos, y á los que formasen corrillos, cualquiera que fuese el motivo, dió ocasión á los atropellos más injustificados, pretexto á las más escandalosas arbitrariedades. Los jefes franceses obedecían así las órdenes de su general en jefe, y la comisión militar, presidida por el general Grouchy, creía se-

cundar, con un rigor de que no hay otro ejemplo, las intenciones políticas y los pensamientos ambiciosos de su omnipotente amo. El presidente y los vocales de aquel tribunal, tan arbitrario en sus fallos como en su constitución, se esmeraban en servirle, interpretando las disposiciones del delegado imperial contrariamente á los compromisos solemnes contraídos con la Junta de Gobierno, á quien ofreció la benevolencia y el olvido que ella iba, con tanto resultado, pregonando por las calles.

Fueron teatro de las ejecuciones el templo del Buen Suceso en la Puerta del Sol, la Moncloa y la Montaña del Príncipe Pío; pero principalmente el que hoy lleva el nombre de *Campo de la Lealtad* en que se levanta el obelisco del Dos de Mayo.

Y decimos en otra parte: "No es aquél un monumento alzado por el rencor; es un altar ofrecido á los manes de las gloriosas víctimas del Dos de Mayo, para honrar su patriotismo y su desgracia. No es lo que en París la columna de Julio, que contiene en sus bóvedas los restos mortales de los que, combatiendo por una causa política, mezclaron su propia sangre con la de sus hermanos, y recuerda así en el bronce de su fábrica las divisiones intestinas, la guerra civil en fin; es, por el contrario, el centro á que convergen las voluntades todas de los españoles en una causa común, legítima, gloriosa, la de la Independencia nacional. Para el triunfo de tan brillante idea, todos combatieron ardientemente y sin descanso, fun-

diendo sus ideas políticas en la sola de mantener el trono y la religión amenazados; pero la señal de la pelea, el grito que revelaba la indignación de España, se lanzó por los madrileños el Dos de Mayo, y nada más justo ni más propio que el consagrar á los que perecieron en tan patriótica empresa un cenotafio digno de sus hazañas y de la gratitud de la patria."

"Después de eso, decíamos, nada más natural que el eternizar los nombres de Daoiz y Velarde, mártires los más caracterizados y que más se distinguieron en aquella santa sublevación". Porque, además, representan, lo mismo que el teniente Ruiz, la unión del ejército con el pueblo en el pensamiento, que después tuvo su completo desarrollo, de no consentir la imposición que la Nación entera presintió al fijarse en los manejos que, para adormecerla, se ponían en juego, y de rechazar, después, la fuerza con la invencible de una voluntad unánime, como la que demostró, de la conciencia, innata en ella, de su propio merecimiento, y del espíritu de libertad que la había distinguido desde los tiempos más remotos, desde los en que con tanto ahinco había luchado por causa igualmente justa y generosa.

El resultado inmediato del Dos de Mayo fué el que no podía menos de ser después de saciada la sed de venganza que despertó en Murat el arranque patriótico de los madrileños. El Infante Don Francisco fué sacado de Madrid el 3: siguióle Don Antonio, tío del Rey y Presidente de la Junta de

Gobierno, á cuyo frente se puso el ambicioso Mariscal francés como Lugar-teniente del Emperador; y soñando ya con la corona de España, que el mismo día se hacía caer en Bayona de la cabeza de sus legítimos dueños, comenzó á dictar órdenes que esperaba, sin duda, serían humildemente obedecidas por las autoridades españolas de las provincias.

Mas difúndese por ellas la voz de lo que en Madrid acontece y de la obra de expoliación que se está en Bayona ejecutando; y todas contestan con tal entusiasmo y tan rara unanimidad, que aún se disputan varias la precedencia en el alzamiento general que produjo. El Principado de Asturias fué el primero en contestar al bando y á las órdenes de Murat levantando pendones por Fernando VII y un gran ejército contra el usurpador. En las demás provincias fué casi simultánea la sublevación, y, lo que abona más á todas, sin concierto alguno anterior entre ellas, por impulso propio y con la homogeneidad de un solo sentimiento, el de vengar la sangre vertida en Madrid y los atropellos de Bayona.

Y Cataluña mantiene los fueros de su independencia en el Bruch y el Ordal ante un ejército numeroso y que ocupa las plazas más fuertes del Principado; Valencia escarmienta en sus antiguos muros á uno de los mariscales más ilustres del Imperio; Andalucía rinde en Cádiz la única escuadra de que aún puede la Francia utilizarse, y en Bailén un ejército, el primero que en el ciclo na-

poleónico ha entregado sus orgullosas águilas al enemigo; Zaragoza, por último, y Gerona coronan la obra del pueblo español con una hazaña cuya fama durará lo que el mundo y le servirá de ejemplo en ocasiones del mismo modo solemnes y de igual peligro.

Con eso los ejércitos que la astucia del Emperador había introducido en España tienen que retroceder vencidos y humillados á espaldas de un gran río y al apoyo de las fortalezas, no con la fuerza y paladinamente conquistadas, sino en plena paz y con la perfidia más cruel; y el soberano impuesto á la Nación huye con ellos á los diez días de ocupar el trono tan arteramente usurpado.

No consigna la Historia suceso igual en sus tan variados como instructivos fastos.

Ama el hombre la libertad y resiste la imposición; y las colectividades, influídas por el mismo sentimiento, luchan por esos ideales coni gual ardor é idénticos bríos. Esa es la tendencia de la humanidad y esa es su fuerza. Si han sucumbido á veces las naciones, luego recobraron el preciadísimo bien de su libertad; que la tiranía se gasta con los excesos á que tiene que entregarse, y los hierros, forjados para sujetar al vencido, caen pronto hechos pedazos ante los hombres y los pueblos de ánimo levantado y aspiraciones generosas.

Pero ninguno como el español, y ahí está su historia para demostrarlo, supo hallar en sus varias virtudes, en el optimismo que es resumen el más elocuente y eficaz de todas ellas, el arma

mejor templada para hacer frente á la adversidad y vencerla en la lucha.

Ese es el secreto de su gloria.

El alcalde de una miserable aldea arroja el guante al rostro del grande Emperador: "La patria, exclama, está en peligro; Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, corred á salvarla!" Y aquel reto, inconcebible á dos leguas de la capital, ocupada de innúmeras legiones y tormentos enemigos, es, como dice un historiador insigne, la *chispa eléctrica que incendió á Europa y al fin la purificó de tiranos.*

El que la subyuga hace diez años con la magia de su talento y la pericia, sin par, de sus generales y soldados, sorprendido ante el espectáculo de tanta pequeñez, desafiando su ingente poderío, extremará aquí sus rigores para que no crezca, y sus esfuerzos, lejos, para anublarla; pero la chispa inflamará á los pueblos, ávidos de venganza, que no cejarán ya en su empeño de ejecutarla hasta verle encadenado á la inhospitalaria roca donde, nuevo Prometeo, purgue los errores de su ambición y soberbia desmedidas, sin más esperanza que la muerte.

Ese es el resultado final del Dos de Mayo en que tuvo principio la lucha de España con el imperio napoleónico y por un encadenamiento de sucesos, verdaderamente providenciales, *libertó á la Europa*, según la profética expresión del más eminente de entre los hombres de Estado de la Gran Bretaña.

EL LUTO DEL DOS DE MAYO

MONOGRAFÍA HISTÓRICA

I

Está sin agotar aún la fuente copiosísima de que ha manado tanta y tanta versión como ha visto la luz sobre el memorable Dos de Mayo, día del tremebundo drama que ha hecho la mayor gloria de Madrid. Según pasen las generaciones, el mundo se admirará más y más de aquel arranque patriótico, tan insensato como sublime, de un pueblo inerme disputando un pedazo de su honra al formidable ejército del Emperador Napoleón. Porque si días antes rompían los vitorianos las cuerdas del coche que llevaba á Fernando VII hacia Francia; si las gentes de Burgos y Toledo protestaban de la arrogancia insultante de sus falsos aliados, ni aquel acto de lealtad, ni estas manifestaciones de inquietud y desconfianza revelarían la decisión de desenmascararlos y resistirlos. El grito del Dos de Mayo fué, por el contrario, á repercutir en las montañas patrias, sonando á venganza y muerte por los ultrajes inferidos á los

objetos más caros para los españoles, á represalias sin fin por la Independencia nacional, amenazada paladinamente ya sin rebozo ni vacilaciones, por el ambicioso tirano de la Francia. Y tales y tan crueles fueron esas represalias, y venganza tan cumplida tomó el pueblo español, que después de seis años de lucha, como ninguna de porfiada y sangrienta, repasaban los invasores el Pirineo, vencidos y humillados, y el soberbio conquistador iba á hundirse en el Océano, menos proceloso, en verdad, que su corazón lo estaba de rabia y ambiciones.

Eso y más lo saben perfectamente los españoles todos, amantes de su Patria, y lo saben los extranjeros que con ellos simpatizan, y los enemigos mismos que lamentan error tan grande como el cometido por el que presumía de haber acertado siempre. ¿Quién, con efecto, ignora que el pueblo de Madrid, provocado por los alardes militares de Murat, trató de resistir el acto, sobre todo, de arrancarle la parte de la Familia Real que no se había trasladado aún á Francia?; ¿que al grito dado en la escalera de Palacio, repetido en la Plaza de Armas, y extendiéndose por las calles inmediatas hasta los más apartados barrios de la villa, contestaron Daoiz y Velarde, Arango y Ruiz en el parque de artillería de Monteleón, apoyando el movimiento con la fuerza hasta agotarla, oprimidos por el número y desarmados por la traición?; ¿que no satisfecha la sed de sangre en el delegado imperial y con el sonrojo de un triunfo, si

fácil por los medios de que disponía, vergonzoso por los usados para conseguirlo, vertió á torrentes la de nuestros compatriotas cuando, atendiendo á los consejos de sus autoridades legítimas, habían depuesto las armas?; ¿que aquel grito, por fin, confundiéndose al poco tiempo con los ayes de dolor de la oprimida capital y el ronco acento de la venganza arrancando de un lugar inmediato y propagándose á todas las provincias del Reino, produjo las explosiones patrióticas de Oviedo, Badajoz y Sevilla, é inmediatamente las glorias del Bruch y Valencia, de Bailén y Zaragoza? Eso no lo ignora nadie.

Lo que saben pocos es cómo vino á proclamarse de una manera oficial lo que ya había proclamado la Nación unánime, el heroísmo de esos, pueblo y soldados, que en tal día, de recordación eterna, prefirieron sacrificar la vida á abatir sus altivas frentes ante el pérfido detentador de su libertad, que, suponiéndoles incapaces de un arranque generoso, se atrevió á herirlos en sus más caras afecciones. ¡El insensato tomaba por la Nación entera á unos cuantos, extraviados con las doctrinas que iba difundiendo por el mundo y llenos de temor al aspecto de sus legiones, nunca hasta entonces resistidas con fortuna! Lo que saben pocos, repetimos, ó lo habrán olvidado por no considerarlo importante ó por no haberse hecho conocer con rigurosa exactitud, es el establecimiento de las fúnebres ceremonias con que se celebra en Madrid cada aniversario del Dos de Mayo, y la pro-

clamación del luto nacional para tan triste festividad.

II

El Alcalde de Móstoles fué el primero en delatar á España la hecatombe de Madrid, *víctima*, decía, *de la perfidia francesa*, y el peligro que iba á correr la Patria. A llamamiento tan enérgico, que, según la bellísima expresión de un ilustre académico, fué *chispa eléctrica que incendió á Europa y al fin la purificó de tiranos*, respondieron los españoles con voz unánime, cuyo eco, así repetía la del dolor por tanta y tanta víctima como se había sacrificado en los altares de la Patria, como el juramento de vengarlas hasta dar completa satisfacción á sus manes. Y tan pronto como las jornadas de Bailén y Valencia abrieron las puertas de Madrid á los ejércitos libertadores, se principió á conmemorar la hazaña del Dos de Mayo, más que por iniciativa oficial por la piadosa de los allegados y admiradores de las víctimas, y de las Ordenes religiosas, que tanto contribuyeron á la resistencia de los españoles en la memorable lucha de nuestra Independencia.

El primer conato que se hizo público de elevar á los héroes del Dos de Mayo un monumento digno de su noble esfuerzo, procede de un *Madrileño*, el Sr. W. A., que en la P. D. de una carta dirigida en 17 de Octubre de aquel mismo año de 1808 al general Palafox, decía así: "Las víctimas del

2 de Mayo fueron la piedra angular de la grande obra de nuestra liberación. Debe, pues, eternizarse su memoria, y en el monumento que para ello se eleve deberemos nosotros y nuestros hijos mirar cifrada para siempre la Patria y su Rey. El autor de estas cartas ofrece 20 doblones para el profesor que presentare el mejor diseño de un monumento en el Prado, destinado á este objeto. El premio es tan corto, como el empeño grande; pero como es el patriotismo el que debe impulsar á los célebres profesores españoles, el autor sólo presenta esta suma en calidad de memoria; y guiado de los mismos principios para con los ilustres Cuerpos de la Nación, suplica á la Real Academia de San Fernando tenga á bien permitir que los profesores pongan sus diseños en manos del señor secretario de la misma, pues que á este noble Cuerpo le tocará exclusivamente hacer á su tiempo la elección".

El lector tendrá curiosidad de saber quién sería ese Sr. W. A., y nosotros vamos á satisfacérsela.

Con esas mismas iniciales se hacía conocer el autor de un folleto que lleva por título el de "Los cinco días célebres de Madrid, dedicados á la Nación y á sus heroicos defensores", donde, con los del 19 de Marzo en que Carlos IV abdicó el trono en Fernando VII, el 1.° de Agosto en que el Intruso abandonó á Madrid, el 1.° de Diciembre en que Napoleón asomaba por Chamartín las águilas de sus formidables legiones, y el 9 de Marzo de 1820 cuando se volvió á proclamar la Constitu-

ción de 1812, se describe la heroica sublevación de los madrileños el Dos de Mayo. En el artículo dedicado á la memoria de aquel día, dice así el Sr. W. de A.: "Calientes estaban todavía, almas generosas, vuestros cadáveres cuando yo empecé á fomentar la idea del grandioso monumento en que debían reposar vuestras cenizas y las de los demás héroes que os imitaron en todos los ángulos de la capital, para eterna lección y consuelo de nuestras generaciones futuras....." Ahora bien; el Sr. W. de A. no es otro que el doctor D. Wenceslao de Argumosa, según puede apreciarse por varios escritos de cronistas é historiadores del suceso del Dos de Mayo y otros distintos de la guerra de la Independencia.

Pero al Sr. Argumosa le salió, un mes justo después del de su carta, un noble competidor en don Angel Monasterio, manifestando, en el *Diario de Madrid* del 17 de Noviembre, que había empezado á pensar en el monumento "al tiempo mismo en que se acababa de verter la sangre de aquellos inocentes, y trazado el primer diseño cuando se desarmaba á Madrid, y no resonaba en esta capital más que el eco de la esclavitud y del terror....." "Su intención, añadía, era publicar un prospecto que diese idea de la obra, de su objeto, y del sitio donde debería colocarse, convidando á sus compatriotas á una suscripción voluntaria que bastase á costearla, contando para todo con que la villa de Madrid le autorizase y cediese el terreno competente. Parece que el Sr. Monasterio

acudió á ella el 13 de Septiembre; que, vistos los planos, se le contestó el 5 de Octubre que la villa "encontraba el pensamiento mui patriótico, y mui digno de que se pusiera en execución y que estaba pronta á franquear el terreno que se necesitase, y á su tiempo la protección y auxilios que estuviesen de su parte." También se comprueba que la Academia de San Fernando acogió benignamente el pensamiento del Sr. W. A., quien, dirigiéndose al pueblo de Madrid decía el 27 de Noviembre, sin darse por entendido del manifiesto de Monasterio: "Está visto que no hay pensamiento que no prospere quando el impulso es noble y sincero, y el objeto interesante y grande."

Pero no *mil combinaciones imprevistas,* como Argumosa decía más tarde, sino la que no podía menos de suponerse conocido el carácter de Napoleón y tomando en cuenta las inmensas fuerzas de que disponía y los vastos proyectos que abrigaba, la de su presencia en Chamartín y la conquista, días después, de nuestra metrópoli, acabaron por entonces con el pensamiento del *Madrileño* y los proyectos de Monasterio, de la Academia de San Fernando y de nuestro ilustre Ayuntamiento.

Otras manifestaciones, sin embargo, había hecho Madrid durante aquel tiempo en honra y gloria de los héroes del Dos de Mayo.

El 1.° de Noviembre salían de su monasterio los RR. PP. del real de San Jerónimo, todos con velas encendidas, la cruz y ciriales por delante,

presididos por su venerable prelado y en compañía de un gentío inmenso, al que hoy se llama Campo de la Lealtad, donde habían sufrido martirio hasta 48 de nuestros compatriotas el 2 y 3 de Mayo de aquel año. Iban entonando el *Miserere* con gran unción y recogimiento; y, llegados al sitio de la hecatombe, rezaron un responso tan majestuoso y solemne como requerían lo triste del motivo y la profunda conmoción pintada en el rostro de los asistentes. Tan grato fué el efecto que produjo la fúnebre ceremonia del día 1.°, que hubo ésta de repetirse el 6, precedida de una vigilia y misa; honras que fueron acompañadas de lágrimas y de limosnas que todos se apresuraron á repartir entre los más desgraciados de entre los parientes de las víctimas. Ni escasearon tampoco las oraciones fúnebres, los panegíricos, odas y relatos de todo género que los sacerdotes, poetas é historiadores de la villa imperial se esmeraron en pronunciar y escribir para gloria y eterno recuerdo de la recién ejecutada hazaña de los madrileños y de los valientes oficiales de nuestro ejército, unidos en noble consorcio para la defensa del decoro nacional y de la independencia patria.

Hubo también quienes ofreciesen donativos para socorro de las pobres viudas ó huérfanos de las víctimas; y el doctor Mayo, á quien se debe alguna publicación patriótica posterior, entregó al párroco de Santa Cruz dos mil reales que, por cierto, no debieron repartirse por haberse señalado para hacerlo el día 4 del siguiente mes,

fecha de la nueva entrada de los franceses en Madrid.

La manifestación, sin embargo, más expresiva de admiración y gratitud que Madrid ofreció á la memoria de los héroes del Dos de Mayo fué la del arco triunfal levantado junto á la casa de Ayuntamiento al presentarse en Agosto las tropas libertadoras de Valencia y Andalucía. En la fachada occidental se representaba á Madrid en una matrona atada á un árbol mirando á sus inocentes hijos sorprendidos y devorados por un águila, y á cuyos pies se había estampado una inscripción sumamente expresiva en honor de las víctimas, y muy elocuente respecto á Daoiz y Velarde como las más ilustres y caracterizadas de entre ellas.

Madrid capituló el 4 de Diciembre de 1808; y hasta el 12 de Agosto de 1812, en que la ocuparon los ejércitos aliados á las órdenes de Lord Wellington, después de su victoria de Los Arapiles, ninguna muestra pública pudo dar de gratitud ni de simpatía siquiera por los héroes del Dos de Mayo. Algo debieron, con todo, enfriarse el entusiasmo y el legítimo orgullo de los madrileños por sus leales convecinos; porque "habiendo determinado el Ayuntamiento, según consta en el diario del 1.° de Septiembre, celebrar una función cristiano patriótica en memoria de las víctimas del 2 de Mayo", hizo poner una arquita en cada parroquia, donde el público depositara sus ofrendas para invertir su importe en aquel grandioso objeto, y hasta el último de Octubre en que volvie-

ron los franceses, poco ó nada produciría la cuestación, cuando ni se celebraron las honras ni se volvió á tratar de ellas. Los tiempos eran obscuros y aun divisábase por el lado de Valencia la nube portadora de nuevas calamidades en aquella reunión de Fuente la Higuera, donde se habían reconcentrado los ejércitos de José, Soult y Suchet; el primero, temiendo se le cortara la comunicación con Francia por el Norte; el segundo, desde Cádiz, cuyo sitio se había visto en la precisión de levantar, y acudiendo Suchet á dar masa y fuerza, á servir de lazo á los dos para imponerse en aquella región y tener, de todos modos, segura su retirada por Valencia y Cataluña. La masa, con efecto, se había hecho tan grandiosa y compacta, que era verdaderamente formidable; y por más que Madrid se entregara á las expansiones naturales de entusiasmo por su inesperada libertad del yugo extranjero, y hasta se entretuviera en proclamar solemnemente la Constitución, dar fiestas al generalísimo inglés y purificar ó impurificar á los que suponía, con razón ó sin ella, afrancesados, no apartaba los ojos del litoral de Levante, donde veía cernerse la amenazadora tormenta. Y estalló ésta, como era de esperar; pues acercándose los franceses en número incontrastable, rechazadas las tropas británicas en sus asaltos al castillo de Burgos, y temiendo, más que el ataque directo del enemigo desde Vitoria y Bribiesca, el envolvente que ya veía iniciarse por Madrid y Guadarrama, volvió toda la región cas-

tellana á ser presa de sus tiránicos é implacables invasores de hacía cuatro años.

Aun así hubo en Madrid una manifestación sumamente honrosa para sus habitantes. El día 20 de Octubre se hizo público un acuerdo de las Cortes de Cádiz, que circularon la Regencia del Reino primero, y el jefe político de Madrid después. Los secretarios de las Cortes decían así el 16 de Septiembre: «Las Cortes generales y extraordinarias han oído con particular satisfacción las nuevas pruebas con que el pueblo de Madrid, el primero que anunció y selló con su sangre el santo propósito de resistir á la dominación extranjera, ha acreditado su generosidad y patriotismo, así en las expresivas demostraciones de júbilo y fraternidad con las tropas nacionales y aliadas que entraron en aquella capital al mando del benemérito duque de Ciudad-Rodrigo, como en los nobles sentimientos, que, después de las penalidades sufridas en tan largo cautiverio, hacen brillar más y más la fidelidad heroica de todo el vecindario, su amor al orden, su odio al pérfido invasor y su adhesión al Gobierno; y queriendo S. M. dar al enunciado pueblo de Madrid este testimonio del aprecio nacional debido á su inalterable constancia, ha resuelto que se lo manifieste así la Regencia del reino por el medio más oportuno».

La Regencia añadía que «habiendo dado un testimonio público de que la coronada villa, donde se hallaban depositadas las venerables cenizas de los primeros mártires que derramaron su sangre

en obsequio de la justa causa que defendía la Nación, siendo la fundadora de la libertad española», mandaba se hiciese pública á los habitantes de Madrid la sublime consideración que la Nación y el Gobierno dispensaban á sus esfuerzos con toda la pompa y ostentación posibles en la plaza de Palacio, junto al parque de Artillería, en la Puerta del Sol y el Prado, en la Plaza de la Constitución, por fin; imprimiéndose, además, el acta de tan memorable suceso.

La fiesta debió celebrarse el 14 de Octubre, cumpleaños de Fernando VII; pero se suspendió por el temporal de lluvias que reinaba en aquellos días; fijándose después para el 21, con nuevas instrucciones y la orden de que se colgaran las casas de la carrera con el esmero posible.

En las Cortes se había suscitado varias veces la cuestión de dar á Madrid una prueba de la admiración producida en toda España por el patriotismo de sus hijos, tan desgraciados como heroicos. Uno de ellos, D. Manuel González Montaos, había presentado una exposición, que el Sr. Zorraquín apoyó el 26 de Febrero, pidiendo: primero, la declaración de que la conducta de Madrid había sido patriótica en grado eminente y heroico; segundo, que se inscribiese su nombre con letras de oro en una lápida que se colocaría en sitio que fuera del agrado de las Cortes; y tercero, que se erigiese en la Plaza Mayor un monumento para perpetuar la memoria de su primer alzamiento contra el tirano y la de su posterior conducta, con

la cual merecía cada vez más de la Patria. Precedía á la instancia un largo preámbulo en que se ponían de relieve los servicios de Madrid, comparándolos, hasta ventajosamente, con los de Zaragoza, Gerona y Ciudad-Rodrigo, si no en cuanto á la resistencia militar, por no haber tenido jefes como Palafox, Alvarez y Herrasti, sí en cuanto á haberla iniciado contra las huestes de Napoleón, hasta entonces incontrastables. La Comisión de premios recordó, el 21 de Abril, la solicitud de González-Montaos y la proposición de Zorraquín; y, al apoyarlas, decía en uno de los rasgos más elocuentes de su dictamen: "En el Dos de Mayo, Madrid levantó el grito de la libertad: resonó en toda la Península, el eco se transmitió al resto de la familia que llena las Américas, y todos los españoles juraron en las aras ensangrentadas del Prado de Madrid no ser esclavos. El Dos de Mayo es el primer día de nuestra independencia y de nuestras glorias: así lo entiende la Nación española, que reunida en Cortes santificó este día afortunado, decretando que en él, perpetuamente, se celebre con la mayor pompa y solemnidad un aniversario en todos los pueblos de la Monarquía por las víctimas sacrificadas en Madrid en el mismo, para eternizar su honrosa memoria y tan insigne acontecimiento". Y después de recordar que las Cortes habían mandado que el Calendario hiciera expresa conmemoración de los difuntos, primeros mártires de la libertad española, continuaba así: "Madrid es el punto adonde descendió

primeramente la libertad que había faltado de entre nosotros, huyendo de la corte corrompida. Desde aquel pueblo dichoso recorrió toda la España: se aposentó en Zaragoza, en Gerona, en Astorga, en Ciudad-Rodrigo, y en tantos otros lugares que, emulando las glorias de la Capital, la recibieron con entusiasmo y la defendieron con valor, habiéndose quedado con nosotros; pero de tal manera, que donde quiera que hay españoles, allí se puede decir que está de asiento".

La Comisión de premios terminaba pidiendo á las Cortes "mandaran que, cuando las circunstancias lo permitiesen, se levantase en la Plaza Mayor ó el Prado de Madrid un grandioso monumento que constantemente recordara hasta las últimas generaciones que este pueblo es y ha sido heroico en grado eminente".

Y las Cortes aprobaron aquel dictamen. Fundadísimo era, á no dudarlo ni por un momento; porque, efectivamente, en 2 de Mayo de 1811 aquella misma Asamblea había decretado que en tal día de los años sucesivos celebraran honras por las víctimas de Madrid todos los pueblos de la Monarquía, con asistencia de las autoridades, formación de tropas, salvas y la mayor pompa posible, y que los nombres de Daoiz y Velarde fuesen inscritos con letras de oro en la sala de sesiones. Esto fué á petición del diputado Sr. Pérez de Castro; y, accediendo también á la del Sr. Capmani, se acordó añadir que el 2 de Mayo se señalase en el Calendario "como el de la Conmemora-

ción de los difuntos y el primero de nuestra libertad".

Ya se celebraban, y desde mucho antes, honras fúnebres por las víctimas del Dos de Mayo en varios puntos de la Península; porque la Junta Central había expedido el 13 de Mayo de 1809 una Real orden disponiendo que "en todas las capitales y pueblos de España se pagase el tributo de dolor y reconocimiento que se debía á las ilustres víctimas del 2 de Mayo de 1808 en Madrid, como se haría en Sevilla el 16 de aquel mismo mes y año".

Así es que el 20 de Junio se celebraba con gran suntuosidad y recogimiento la fiesta que á tan patriótico fin dedicaron la Junta de Mallorca, la Santa Iglesia y el Ayuntamiento, las autoridades todas y personas más ilustres de la Isla. Un colosal túmulo se elevaba casi hasta las bóvedas de la catedral; y en sus cuatro caras se veían esculturas emblemáticas con inscripciones, además, alusivas, no sólo á la hazaña de los madrileños, sino á las defensas de Zaragoza y Valencia, y á la batalla de Bailén. En el segundo cuerpo de tan peregrina fábrica aparecía "la imperial villa y corte de Madrid representada por una matrona lamentable, dice el folleto dedicado á describir aquella triste ceremonia, vestida á lo heroico, apoyada en su respectivo escudo de armas, sobre un pedestal de mármol, y sentada sobre varios trofeos militares. Sobre su cabeza, añade, se veía una lápida de mármol negro con su inscrip-

ción latina en letras de oro, y á los lados de esta dos plañideras con velos sobre sus rostros, sentadas en ademán melancólico".

La inscripción decía:

MANTUÆ CARPENTANORUM INCOLÆ
FIDELITATE ET AMORE FERDINANDI REGIS ACCENSI
PERFIDI NAPOLEONIS MILITES TRUCIDANT.
IV NONAS MAII MDCCCVIII.

Superaron á éstas en magnificencia las honras celebradas en los Carmelitas descalzos de Cádiz por la colonia madrileña, formada de los emigrados que más se habían distinguido contra la dominación francesa. Asistieron el 2 de Mayo de 1810 á ella el Cardenal Borbón, que dijo la Misa, el General Castaños, presidente ya de la Regencia, el Nuncio de S. S., los Ministros y el Cuerpo diplomático, grandes y militares de todas graduaciones, así españoles como ingleses, de mar y tierra. Y ¡nota curiosísima! el túmulo que se alzó en el centro de la iglesia era, aunque de madera y lienzo, el mismo proyecto de monumento que D. Angel Monasterio decía haber presentado al Municipio de Madrid en Septiembre de 1808. No era lo grandioso, correcto y elegante que el que hoy se vé en el campo de la Lealtad; pero ofrecía algunos puntos de semejanza, aun cuando carecía, además, de las estatuas que tanto embellecen al del Prado.

Contribuyó no poco al lucimiento de aquella

solemnidad el espectáculo que ofrecía al concurso la entrada en bahía de los navíos *Algeciras* y *Asia*, que trajeron de Veracruz y la Habana más de siete millones de pesos fuertes y cuatro mil fusiles, donativo de nuestros hermanos de América.

En cuanto á la manifestación, á que antes nos referíamos, dirigida por las Cortes y la Regencia en Septiembre de 1812, fué provocada por el diputado señor García Herreros con la lectura de una *Gaceta de Madrid*, en que se ponían de relieve los arrebatos de júbilo y las demostraciones de gratitud con que fueron recibidas en esta villa las tropas españolas y aliadas, así como el entusiasmo con que se había jurado la Constitución. El célebre Calatrava, ensalzando con ese motivo la conducta de los madrileños, arrancó de las Cortes el acuerdo que en su lugar estampamos, tan explícito y honroso como habrán nuestros lectores observado.

Ya hemos dicho que lord Wellington y sus ingleses habían abandonado la región castellana, rechazados en Burgos y temiendo el movimiento envolvente con que los amenazaba el Intruso desde Madrid ya y el Guadarrama. Por empeñado que estuviera Napoleón en su empresa contra Rusia, tan probable creía la victoria que, por fin, obtuvo en los remotos páramos de Borodino, y tan decisiva la ocupación de la antigua metrópoli del imperio moscovita, que aún había dejado en España fuerzas con que resistir la preponderancia que ya se manifestaba en la lucha por parte

de nuestro pueblo y los ejércitos cuyo concurso se había éste sabido conquistar con su abnegación y pertinacia. Los franceses habían soltado su presa de Andalucía, la tierra que les era predilecta por su clima y feracidad; se encontraban privados de los recursos que pudieran proporcionarles Galicia y Asturias, hacía tiempo evacuadas, de los de Portugal, libre desde la retirada de Massena, y de Extremadura, que no veían desde la pérdida de Badajoz; pero, sea por lo reducido que se hallaba el campo de sus operaciones, sea por la sabia concentración ejecutada en Fuente la Higuera, y aun contando, cabe decir, con sólo un ejército, podían desafíar todavía á cuantos contra él se dirigiesen para hacerle abandonar la Península.

Se acercaba, sin embargo, su hora al imperio napoleónico. El nuevo César imponía leyes desde el Kremlin, como Alejandro y Gengis-Khan las habían dictado en Babilonia, Pekín y Samarcanda; pero las llamas que le rodeaban y las brumas de la nieve que ya encanecía el horizonte parecían, eclipsando su estrella, anunciarle su próxima ruina.

Las operaciones militares, que recordamos no ha mucho, de su hermano José, coincidieron con el principio de la desastrosa retirada de Rusia, naturalmente ignorada en España. Mas luego y cuando, invernando los ingleses en la frontera de Portugal, su refugio de siempre, se fueron sabiendo los reveses del *grande ejército* francés y

los estragos que en él hacían el frío, el hambre y el fuego enemigo, se prepararon, lo mismo los insulares que los portugueses y nuestros compatriotas, á una campaña de primavera, para la de 1813, tan decisiva que produjese la completa liberación de la Península. Y Vitoria, Pamplona y San Sebastián vieron sucesivamente alejarse para siempre á los franceses de la tierra española; haciéndoles evacuar la capital el solo arranque de las tropas aliadas para aquella marcha admirable entre laureles de gloria inmarcesibles.

III

Madrid volvía, pues, á respirar en libertad el 27 de Mayo. Decía una letrilla de aquel tiempo:

"Venturoso día
El de la Ascensión,
Que Madrid ha logrado
Su restauración."

Parece que desde ese día habría de reanudarse la serie de gestiones practicadas en las épocas anteriores, aunque cortas, de liberación, para glorificar á los héroes del Dos de Mayo. Y, sin embargo, pasó algún tiempo antes de emprender tarea tan reconocidamente merecida, á pesar de que los triunfos de Vitoria, Sorauren y San Marcial debían inspirar la seguridad de que los franceses no volverían á pisar el centro de la Península. Un escritor, D. Emilio Tamarit, del cuerpo

de cuenta y razón de Artillería, el único que sepamos se haya ocupado en investigar los procedimientos usados para ofrecer al pueblo de Madrid la apoteosis de sus héroes, cita como el primero unas exequias celebradas el 3 de Noviembre de 1813 en la parroquia de San Pedro el Real. No se anunciaron en el *Diario* ni en la *Gaceta* del tiempo; pero de todos modos se nos figura algo tardía la memoria, y ni lo general ni lo espléndida que ya parecían exigir lo grande del motivo y lo desahogado de las circunstancias.

Al cuerpo de Artillería, que había dado el primero su contingente á la hecatombe de Madrid y y señaládose después en la guerra por su exaltación patriótica y los servicios, siempre eminentes, prestados en los campos de batalla, y más aún en la defensa de nuestras plazas, tocaba principalmente honrar á sus mártires. Y con efecto, sea por estos motivos, sea por espíritu también laudable de cuerpo, fué el que con más empeño tomó la meritoria misión de procurar á sus compañeros enterramiento digno y memoria gloriosa y perdurable.

Era Director y Coronel general del arma el Mariscal de campo D. Martín García y Loygorri, que había desempeñado tan importante cargo interinamente desde Junio de 1810, y en propiedad desde Septiembre de 1812, como recompensa de los servicios que prestó mandando las tropas y línea de la Isla de León, sobre todo en las postrimerías de aquel célebre asedio. Era el general

Loygorri artillero, también, de origen; como tal, había tomado parte en la reconquista de Mahón, en la desgraciada empresa de las flotantes contra Gibraltar, en el ataque de Argel y en las dos expediciones de Portugal, en la última de las cuales, la de 1807, había quedado prisionero para ser luego restituído al ejército de Cataluña á consecuencia de la batalla de Vimeiro y el convenio de Cintra. Habíase después señalado en el sitio de Barcelona, en Llinás y Valls, en Alcañiz particularmente, donde su habilidad y la energía de los artilleros que mandaba y á quienes se debió la victoria, le valieron, además de una gran reputación, el empleo de mariscal de campo y la cruz de oro de cuarta clase de San Fernando.

Fomentaban esa reputación y el general concepto, así en el Ejército como en las esferas del Gobierno, la actividad incansable del general Loygorri y su inteligente y enérgica iniciativa para el engrandecimiento y la educación teórica y práctica del Cuerpo de Artillería. No podía, pues, echar en olvido la proclamación de sus glorias y, como una de las más puras en la guerra de la Independencia, la del valor y la abnegación de Daoiz y Velarde. No fué, con todo, el primero de entre los artilleros españoles en promover lo que pudiéramos llamar la glorificación de sus ilustres compañeros. Porque en 1812, los del departamento de Galicia dirigieron á la Regencia una representación para que se inscribiesen los nombres de los dos mártires del Parque de Madrid en todas

las banderas de los regimientos del arma con uno como dístico que sirviera de estímulo para imitarlos; que se incluyera á ambos también en los extractos de revista del departamento en que se hallara el colegio, como *presentes* en su misma clase de capitanes, y que se permitiese á los oficiales usar en los aniversarios del Dos de Mayo una banda negra atada al brazo izquierdo.

No debieron satisfacer al general Loygorri los versos, lo cual nada tiene de extraño, ni las que, en su entusiasmo artillero, tomaría por modestas aspiraciones de sus subordinados de la Coruña; y, al cursar la representación, la modificó y ensanchó hasta dirigirla al Gobierno en los términos siguientes:

1.° Que, según lo solicitaban los oficiales del Cuerpo, figuraran en los extractos de revista Daoiz y Velarde, añadiendo que en el acto de nombrarlos el comisario que la pasase, respondiera el jefe más caracterizado de la fuerza: *como presentes y muertos gloriosamente por la libertad de la Patria el 2 de Mayo de 1808.*

2.° Que ambos nombres se inscribiesen con letras mayúsculas á la cabeza de los capitanes en la escala del Cuerpo; expresando á continuación el anterior lema.

3.° Que se erigiese un sencillo, aunque majestuoso, monumento militar frente á la puerta del Colegio del Cuerpo, en cuyo pedestal se leyeran sus nombres.

4.° Que se escribiera un elogio de ellos, el cual

debería leerse todos los años en la apertura de la primera clase á los caballeros cadetes, á fin de estimularlos á seguir su ejemplo.

La Regencia dió su aprobación á la propuesta del general Loygorri, quien nombró á los oficiales del Cuerpo que consideraba más idóneos para escribir el elogio y dibujar el monumento á que se refieren los dos últimos párrafos que acabamos de poner en noticia de nuestros lectores.

Pero se traslada á Madrid el asiento de las Cortes y el del Gobierno de la Nación, por consiguiente, con todas sus dependencias, así las militares como las políticas y administrativas; y entonces, el 5 de Enero de 1814, comienzan definitivamente las investigaciones y trabajos necesarios para ofrecer á España la apoteosis de sus hijos sacrificados á la ambición francesa en 1808.

IV

El primer acto del Municipio fué digno de tan gran pensamiento y de quienes tomaron parte en él, los Madrileños, el Ejército y la Regencia, á cuya entrada, verdaderamente triunfal, se había dedicado. La *Gaceta* del día siguiente lo describía así: "De la Puerta de Atocha se dirigió Su Alteza con la comitiva al Prado, sitio para siempre memorable, regado con la sangre de tantas inocentes víctimas sacrificadas á la pérfida ambición del tirano más abominable. En la subida del

Prado al Retiro, y en el mismo suelo donde con eterna gloria yacen los ilustres mártires del 2 de Mayo, estaba colocado, en memoria de aquella sangrienta catástrofe, un sencillo monumento de figura piramidal, en cuya principal fachada se veía retratado el sacrificio de aquellos heroicos españoles. Sobre el primer cuerpo del monumento se descubría una urna sepulcral con un rico paño negro orlado con fleco y borlas de oro. Ofrecíase á la vista en la misma fachada un grupo de un mancebo llorando la muerte de aquellos inocentes, y una matrona consternada con un niño que le estaba recordando las pasadas desgracias. En los costados de las pirámides se leían dos inscripciones alusivas á tan heroico sacrificio".

No bien se instaló en Madrid la Dirección de Artillería comenzaron, como acabamos de indicar, las investigaciones del general Loygorri para dar con los restos de sus dos antiguos compañeros de armas. Ofrecía la empresa una gran dificultad, insuperable en concepto de muchos, la de que la iglesia de San Martín, en que se decía haber sido sepultados Daoiz y Velarde, había sido demolida en Marzo de 1811. Ejecutada arrebatadamente la exhumación de los cadáveres allí yacentes, y arrancados éstos como en montón de sus enterramientos, se suponía que los restos de nuestros artilleros habrían sido confundidos con los demás.

La piedad, sin embargo, y el patriotismo de los

sepultureros proporcionaron el resultado más satisfactorio. Habían tomado parte en la exhumación general; y, al llegar al sitio donde en Mayo de 1808 depositaron los cadáveres de Daoiz y Velarde, creyeron no deberlos confundir con los otros, "presagiando, no sin razón, como dice el Sr. Tamarit, que algún día se trataría de colocarlos en más digno asilo." "Por manera, añade, que al descubrir sus sepulturas, como se hallaban colocados sobre los demás, encontraron los cadáveres enteros, aunque consumidas sus carnes, excepto alguna en los brazos y piernas, particularmente el de Daoiz, quien por estar enterrado en caja, conservaba aún restos del uniforme: al tiempo de moverlos se deshicieron y fueron colocados juntos todos sus huesos en una espuerta grande sin mezclarlos con otros. Todos los huesos exhumados fueron amontonados en las ruinas de la iglesia; pero los de aquellos héroes quedaron en la espuerta colocados en una pieza grande que había en dicha mina, adonde regularmente eran trasladados los restos de personas distinguidas, á los pies del esqueleto del padre de D. Manuel Godoy, que estaba entero y dejaron de pie arrimado á la pared. ¡Extraño y sorprendente contraste: la muerte reunía en un mismo recinto y colocaba á la par los restos del padre de aquel que fué indirectamente la causa de tanta catástrofe y los de sus más nobles víctimas!"

Con noticias tan interesantes, y la indicación hecha por los sepultureros del sitio por donde po-

dría acometerse la excavación que abriera paso á la mina en que recordaban haber colocado tan preciosas reliquias, se emprendió también la tarea de justificar legalmente la identidad de las víctimas y su depósito para el día en que hubiera de procederse á su nueva exhumación.

En tan patrióticas investigaciones pasó el tiempo hasta el 13 de Marzo, en que, al proponer el diputado Sr. Echeverría la fábrica en el salón de Cortes de un monumento que transmitiese la memoria de aquella fecha de la revolución española, aprobó también la propuesta del Sr. Canga Argüelles para que se perpetuara la del Dos de Mayo en Madrid, "centro — decía — desde el que partió el rayo de la libertad que el genio de la heroycidad lanzó en aquel memorable día." Diez artículos comprendía la moción, á los que añadieron las Cortes otros dos, consultados por los Sres. Abella y Norzagaray; con los que, y el del Sr. Echeverría, se formó un programa completo, que la Regencia hizo público el 24 del mismo mes, en los términos siguientes:

"Don Fernando VII, por la gracia de Dios y por la Constitución de la Monarquía española, Rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad la Regencia del Reyno nombrada por las Cortes generales y extraordinarias, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed:

„Que las Cortes han decretado lo que sigue:

„Deseando las Cortes celebrar de un modo digno de la Nación á quien representan la memo-

ria del día Dos de Mayo de 1808, con ocasión de ser el próximo el primero de su instalación en la capital de la Monarquía, han decretado: 1.° Se exhumarán con todas las ceremonias religiosas establecidas para el caso, si es posible, los restos de los beneméritos D. Luis Daoiz y D. Pedro Velarde, y los de los valientes sepultados en el Prado de esta corte y en la Florida; y se encerrarán en una caxa, cuya llave se custodiará en el archivo del Congreso nacional. 2.° El terreno donde actualmente yacen las víctimas del Dos de Mayo, contiguo al salón del Prado, se bendecirá; se cerrará con verjas; se adornará con árboles; en su centro se levantará una sencilla pirámide que transmita á la posteridad la memoria de los leales; y tomará el nombre de Campo de la Lealtad. 3.° El ayuntamiento de Madrid cuidará de realizar lo prevenido en el artículo anterior, y de colocar en el cementerio de la Florida una lápida con una inscripción en honor de los que yacen en él sacrificados al furor del enemigo. 4.° La caxa que encerrare los restos respetables de los adalides de nuestra santa insurrección se trasladará el día Dos de Mayo próximo con toda la publicidad y pompa dignas de un acto tan solemne á la Iglesia de S. Isidro, en donde se celebrará un oficio de difuntos con oración fúnebre. 5.° Una diputación de individuos del Congreso nacional autorizará la traslación, dispensándose, como las Cortes dispensan para este solo caso, lo dispuesto en el artículo 29 de su reglamento interior.

6.° El jefe político, la diputación provincial, el ayuntamiento, el gobernador militar, el estado mayor general de los exércitos, y todas las autoridades eclesiásticas, militares y políticas residentes en esta corte concurrirán á solemnizar el acto. 7.° Las tropas de la guarnición harán los honores que la ordenanza señala á los capitanes generales de los exércitos á la memoria fúnebre de los denodados españoles que en el día Dos de Mayo de 1808 dieron la vida por defender la religión, la libertad y el trono. 8.° En la iglesia de S. Isidro se levantará un sepulcro adornado con sencillez y elegancia, en el que se depositará la caxa que encerrare las cenizas de los primeros mártires de nuestra santa insurrección. 9.° La diputación del Congreso nacional que hubiere asistido á la traslación de las cenizas y al oficio de difuntos, recogerá la llave de la caxa donde se encierran aquéllas, y la entregará á las Cortes en sesión pública. 10. La academia de la Historia formará la inscripción que en nombre de la Nación se haya de poner sobre el sepulcro. 11. La academia Española propondrá asuntos análogos para celebrar las glorias del memorable Dos de Mayo, tanto en prosa como en verso; adjudicando el premio acostumbrado al que á juicio suyo lo desempeñase mejor. 12. La academia de Nobles artes ofrecerá un premio al pintor que representare con mayor maestría una de las escenas más principales de las que presenció el pueblo de Madrid en el glorioso día Dos de Mayo de 1808. 13. El

quadro que á juicio de la academia obtuviere el premio se colocará en el salón permanente del Congreso nacional, para que recuerde á los padres de la patria el momento feliz, aunque sangriento, en que el pueblo español pasó de la ominosa esclavitud á la bienhechora libertad. 14. La misma academia ofrecerá otro premio en la clase de escultura al que sobre programa dado presentare un modelo para un monumento capaz de eternizar la memoria gloriosa para Madrid del día 19 de Marzo de 1808. 15. El que á juicio de la academia mereciere el premio se colocará en el salón permanente de Cortes. 16. Además de los premios que las academias señalaren, las Cortes destinan una medalla de oro de las acuñadas en memoria de la Constitución para cada uno de los profesores que merecieren el premio en cada clase. 17. Todos los gastos que ocasionare lo dispuesto en el presente decreto se satisfarán por el tesoro público. 18. Las Cortes esperan que el gefe político, con el ayuntamiento de esta corte, no omitirá medio alguno de quantos estuvieren á su alcance, para que la traslación de las cenizas y la función fúnebre del día Dos de Mayo próximo se execute con toda la dignidad y magnificencia con que este heroyco pueblo acostumbra á celebrar siempre las glorias de la Nación.=Lo tendrá entendido la Regencia del Reyno, y para su puntual cumplimiento dará las órdenes que estime convenientes. = Dado en Madrid á 24 de Marzo de 1814. = Vicente Ruiz Albillos, presidente. =

Manuel María Aldecoa, diputado secretario. = Juan José Sánchez de la Torre, diputado secretario. = A la Regencia del Reyno."

Este decreto se publicó el 5 de Abril; y el 10 se otorgaba al Cuerpo de Artillería la gracia de encargarse del carro en que habrían de conducirse dos magníficas urnas que ya estaba contruyendo para encerrar los restos de sus dos hijos predilectos, *en recompensa del heroísmo de Daoiz y Velarde y de los distinguidos servicios que había prestado en la guerra de la Independencia.* A cargo del Ayuntamiento quedaría el arreglo del cortejo fúnebre y los demás preparativos que exigiera la solemnidad que se había ideado.

Próximo ya el día en que debía ésta celebrarse, el 2 de Mayo de 1814, que tan gratos recuerdos iba á dejar entre los amantes de nuestras glorias patrias, se emprendió definitivamente la tarea de buscar los restos de los dos eminentes personajes que daban carácter militar á la jornada de aquel día memorable y lo darían á la ceremonia proyectada para el aniversario de su muerte. Y el 23 de Abril, presentes el general Loygorri y varios prohombres de nuestro Municipio y de la Villa, rodeados de una multitud inmensa, se comenzó en la plazuela de las Descalzas la excavación que habría de conducir á la mina, cuya entrada quedaba expedita el día 28, como el 29, y á presencia también del coronel de Artillería Sr. Guinea, se concluía de abrir paso franco á la sala en que dijeron los sepultureros haber depositado los restos

de Daoiz y Velarde. Los circunstantes pudieron entonces cerciorarse de la veracidad de aquellos patriotas al ver de pie y arrimado á una de las paredes, tal cual lo habían dicho, el esqueleto del que antes y entonces aseguraron ser D. José Godoy.

A sus pies se descubrieron los restos de los héroes, reconocidos inmediatamente por el uniforme de artillería en que estaban los del uno envueltos y el hábito de la orden seráfica con que fué revestido Velarde, sacado del Parque en completa desnudez entre los jirones de una tienda de campaña. No se habla en tal ocasión de la espuerta en que decían los sepultureros haber colocado tan venerandos restos; circunstancia ó contradicción que nada significa ante las históricas envolturas, de todos recordadas, y la cinta rosa que se había visto á Daoiz y la sangre de que uniforme, cinta y hábito estaban manchados. A aquel acto conmovedor asistían ya el 1.° de Mayo varios otros próceres, representantes de la Iglesia, de la Justicia y de la Milicia, ante los cuales se entregaron aquellos medio deshechos esqueletos al general Loygorri que, ¡circunstancia extraña! llevaba á su lado un niño que, andando el tiempo, había de presidir como Alcalde corregidor otro aniversario semejante al que iba á celebrarse el día siguiente.

Trasladados al Parque en urnas provisionales, selladas con el del Cardenal Arzobispo de Toledo, fueron los restos de los héroes colocados y ex-

puestos en un salón que se adornó con propiedad, y en el que, no sólo los guardas de tan rico tesoro, sino el general Castaños, otros de sus compañeros, grandes de España y una multitud de notabilidades los pudieron ver y regar con sus lágrimas. Y por cierto que entre los generales se hallaba D. Juan Downie, escocés tan excéntrico como valiente, jefe de una legión extremeña vestida á la antigua usanza, y que ceñía la espada de Pizarro que le había regalado la marquesa de la Conquista, descendiente del célebre descubridor del Perú. Era estimadísimo de los españoles, y lo merecía, que, además de sus muchos servicios en aquella guerra, había ejecutado en la reconquista de Sevilla una hazaña verdaderamente caballeresca. Recibida la orden de acometer el paso del puente de Triana, dos veces fué rechazado y las dos herido; pero, "á la tercera, dice el conde de Toreno, arremetiendo casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habían practicado en una parte del puente quitando las tablas traviesas, y fué derribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo, y hecho prisionero. Conservó, sin embargo, bastante presencia de ánimo para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando así que no sirviese de glorioso trofeo á los enemigos".

Ahora bien: ¿cómo negar á tal hombre la satisfacción de uno, siquier fuera caprichoso, tan delicado anhelo cual el de poseer dos botones de la casaca de Daoiz y un diente de la calavera de Ve-

larde? ¿Cómo desairarle en presencia del vencedor de Bailén, á quien el cabildo de la catedral Hispalense había regalado la falange de uno de los dedos del cadáver de San Fernando? Entregáronse, pues, á Downie las apetecidas reliquias, y se cerraron las nuevas urnas, trabajo primoroso de madera tallada, terciopelo y oro, hoy guardadas en el Museo de Artillería; y con la espada, el bastón, sombrero y faja de capitán general, cuyos honores se les iba haciendo desde su extracción de la mina de San Martín, quedaron expuestas á la vista y admiración del público de Madrid. Aquella noche, por último, se sacaron de las urnas el uniforme y el hábito de Daoiz y Velarde, que también se conservan en ellas, y todo se preparó para la triste festividad, que iba á revestir los caractéres de una de las solemnidades más fastuosas que se han celebrado en honra y gloria de la Nación española.

Coronaron la obra de las Cortes, para la celebración de tan patriótica fiesta, dos decretos á cual más significativos. Decía el primero, dado el 14 de Abril anterior: "Las Cortes, queriendo perpetuar por todos los medios posibles la gloriosa aunque triste memoria del Dos de Mayo, en cuyo día sellaron con su sangre los primeros mártires de la Patria su generoso y heroyco amor á la libertad é independencia de la Nación, han tenido á bien decretar lo siguiente: el día Dos de Mayo será perpetuamente de luto riguroso en toda la monarquía española."

El segundo ordenaba la traslación de las Cortes al local nuevamente elegido para celebar sus sesiones en el palacio de doña María de Aragón. Poco dicen las actas de las Cortes, en aquella legislatura, de las dificultades que se ofrecían para aquella traslación, pedida el 30 de Abril por el Sr. Larrazábal y aprobada con esta fórmula: "Que se dé principio á la religiosa ceremonia del Dos de Mayo en el nuevo salón de Cortes." Menos dicen aún en el resumen de la sesión del 2 de Mayo, en que el mismo diputado solicitó "que las Cortes continuasen sus sesiones en el edificio destinado para ellas". Por donde pueden saberse, aunque anunciadas en estilo algo zumbón quizás, las diversas peripecias de aquel suceso con que se quería demostrar la parte que tomaban las Cortes en el pensamiento de dar el mayor brillo posible á la ceremonia del día, es por el número 108 de *El Procurador General de la Nación y del Rey*, que describe la sesión con que se inició aquélla.

Dice así: "El Sr. Larrazábal hizo la indicación de que siguiesen las sesiones en el nuevo salón; á fin de apoyarla formó un discurso S. S. en que nos hizo ver la belleza y elegancia con que estaba construído; los símbolos y pinturas alegóricas que tenían los señores diputados á la vista, y con cuyo incitativo podían moverse al exercicio y práctica de las virtudes propias de su misión y destino. No dexó de hacernos reparar en la fortaleza y generosidad con que los héroes Daoiz y Velarde ha-

bían despreciado sus vidas por el honor y salud de la Patria, las pinturas en baxo relieve que representan la ferocidad y barbarie francesa, y hasta la hermosura y comodidad de este nuevo salón con respecto al salón de los Caños que acababan de abandonar; todo, todo nos lo demostró S. S. con el dedo; pero no pudieron menos algunos de reparar que en su larga descripción no hiciese mención alguna de dos bellas estatuas que, dándose recíprocamente la mano, ocupan el frontis del salón: *Justitia et pax osculatæ sunt*.= El Sr. Dolarea hizo presente que no convenía á las Cortes acceder á esta indicación contra el dictamen de los comisionados para informar sobre ese este punto.=El Sr. Cepero disipó con elegancia el dictamen de los médicos, que expusieron á las Cortes no ser sana la dilatada estancia en el nuevo salón por la excesiva humedad en que todavía abunda. Este señor diputado no se paró en razones, sino que hizo presente al Congreso que los pareceres de los médicos son empíricos y académicos, sin atenerse á otra cosa en ellos que á hacer ostentación de su conocimientos meteorológicos, que por lo mismo apoyaba la indicación del Sr. Larrazábal: se pasó á votar y quedó aprobada por 94 votos contra 65.=El Sr. Norzagaray leyó un oficio de la Comisión para proporcionar boletines á los señores diputados, y que por su medio puedan ocupar un sitio cómodo en la Iglesia de San Isidro."

Tuvieron, además, las Cortes que dictar el ce-

remonial para la fiesta y el orden de la procesión, impedir los rozamientos que necesariamente habrían de producirse entre los diferentes estados que á ella concurrieran, rozamientos de que existe una prueba en el acta de la sesión del 1.° de Mayo, donde aparece la Regencia adhiriéndose al pensamiento, que aprobaron, de que el Capitán general se colocara en la función fúnebre detrás del féretro de la artillería para presidir el único Cuerpo militar que asistiría á ella. Eso que en aquella ocasión no se suscitaron más quejas ni reclamaciones por haber presidido la ceremonia las Cortes y haberlo hecho el Rey Fernando en algunos aniversarios posteriores, como últimamente Don Alfonso, nuestro augusto soberano.

Previsto así todo, y todo dispuesto, sin olvidar ninguno de los preparativos ideados, celebráronse las acordadas ceremonias de la procesión y la misa con tal entusiasmo de parte del pueblo, tan cristiano recogimiento y suntuosidad de tal modo extraordinaria, que para recordarlas y describirlas satisfactoriamente sería necesario haberlas presenciado, como se manifiesta al final de la relación que vamos á transcribir de la *Gaceta de la Regencia* del día 5 próximo al de aquella gran festividad. Al ofrecer á nuestros lectores la presente monografía, nos hemos propuesto sujetarnos, en lo posible, á los datos oficiales, pues que oficiales son, en su mayor parte, las disposiciones con que ha llegado á hacerse, no sólo madrileño, sinó nacional, en toda la extensión de la palabra,

el obsequio fúnebre dedicado á los mártires del Dos de Mayo.

Dice así la *Gaceta:* "Madrid.=Dos de Mayo.= Rescatada la libertad, vengados los ultrajes hechos á la patria, faltaba solo desagraviar á las respetables cenizas de los héroes del Dos de Mayo, profanadas con las sacrílegas plantas de sus feroces asesinos. El español que se mostró tan heroyco en su resistencia al tirano, no podía menos de concebir ideas sublimes, tratando de honrar la memoria de aquellas ilustres víctimas; y si la Europa vió con ojos atónitos nuestra constancia en tan sangrienta y obstinada lucha, admirará siempre el aparato fúnebre y la augusta pompa con que fueron conducidos los preciosos restos de Daoiz y Velarde y otros mártires de la libertad al lugar de su eterno reposo.

„Reunidas á las nueve de la mañana en las casas consistoriales las autoridades de Madrid y otras distinguidas personas que habían sido convidadas de antemano, pasaron en compañía del Ayuntamiento al edificio del Congreso nacional; y habiéndoseles incorporado una diputación de este, se encaminaron al Parque de artillería donde se hallaban depositadas desde la tarde anterior las venerables cenizas de los héroes Daoiz y y Velarde.

„Para la traslacion de ellas tenia preparado el cuerpo de artillería en el mismo Parque un magnífico carro de triunfo fúnebre, adornado con figuras alegóricas y alusivas á tan sublime objeto.

Entre ellas se notaban dos baxos relieves bronceados en los costados del carro, representando con admirable propiedad el heroyco sacrificio de los héroes, y una hermosa matrona que figuraba la Religión presentando el libro sagrado, y en él las siguientes palabras: *Y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destrozados y fué grande la ira contra el pueblo.*

„Colocadas las urnas sepulcrales en el carro, comenzó este á marchar lentamente tirado porocho caballos desherrados y adornados con penachos y largas cubiertas de terciopelo negro y franjas de oro, estando formados en la carrera los zapadores, el regimiento infantería de Málaga, el de Soria, el de la Princesa y el regimiento de caballería del Rey, extendiendo su línea por la Carrera de San Gerónimo, con direccion al Retiro.

„En este orden llegó el carro triunfal al Prado, donde estaba colocada otra urna sepulcral con las cenizas de los heroycos madrileños, delante de un pequeño templo que se había construido en el mismo sitio en que fueron sepultadas las ilustres víctimas.

„Allí oró el ministro del Altísimo, mezclándose á sus fervorosas palabras las tiernas voces y sollozos del inmenso concurso. Concluido este acto religioso, y hecha una descarga de tres cañonazos, comenzó á desfilar el acompañamiento por la Carrera de San Gerónimo, calle de Carretas, Concepcion Gerónima á San Isidro, en el orden siguiente:

„Abria la marcha un tren de quatro piezas de artillería con su respectivo destacamento, y los caballos correspondientes al ceremonial. Seguian el sargento mayor de la plaza y otros dos oficiales: las compañías de granaderos de los cuerpos: los pobres del hospicio: los niños doctrinos: las hermandades: las comunidades religiosas: las parroquias: el clero secular: los militares inutilizados: artilleros con hachas encendidas: el carro fúnebre triunfal con las urnas de Daoiz y Velarde. Tras del carro iban la guardia de honor de artillería con bandera arrollada y armas á la funerala: el capitan general, el estado mayor, generales españoles y extranjeros, y oficialidad; y el ayuntamiento de Madrid. Seguía luego el carro y urna de las inmortales víctimas sacrificadas en el Prado; y aunque muy inferior en magnificencia á la de Daoiz y Velarde, no dexaba de llamar la atención por su sencillez y buen gusto. Tiraban de este carro otros ocho caballos enlutados, y los regidores llevaban asidas las borlas que de él colgaban. Detrás iban la compañía de guardias de honor de la provincia: las autoridades de esta y de la capital: el señor obispo auxiliar vestido de pontifical: los tribunales: la diputacion de Cortes: la guardia de honor con bandera arrollada; y últimamente la caballería del Rey con espada en mano, estandartes arrollados y trompetas con sordinas.

„De este modo continuó el acompañamiento hasta la iglesia de San Isidro, adonde acabó de

llegar á las dos de la tarde, en cuyo momento hicieron una descarga la artillería y granaderos. Habiéndose colocado las urnas en suntuoso túmulo, comenzó la funcion de iglesia con la mayor solemnidad, y al alzar la hostia hicieron otra descarga. Acabada la misa del célebre Mozart, que fué cantada con el acompañamiento de una numerosa orquesta, pronunció una oracion fúnebre el canónigo D. Francisco Vales Asenjo, recordando los gloriosos hechos del Dos de Mayo. Concluida esta y el responso, se depositaron las urnas en el sitio que les estaba destinado, en cuyo momento se hizo otra descarga de fusilería y artillería.

„A la misa asistieron 10 doncellas, dotadas por la villa en 30 rs. cada una, cuya dotación se les ha de entregar al contraer matrimonio.

„Las llaves de las urnas se depositaron en una arca de caoba ricamente bronceada, para entregarlas al dia siguiente al Congreso nacional por mano del presidente de la diputacion.

„El gentío inmenso que acudió á presenciar la solemnidad de este dia en el Prado, en los balcones y en las calles de la carrera: la pompa y el lúgubre aparato de esta fiesta nacional: los tiernos y elevados sentimientos que excitaba en los concurrentes, y el magestuoso silencio que reynó durante este acto religioso, realzaron sobremanera la funcion, de cuya magnificencia sólo podrá tener cabal idea quien haya logrado la dicha de ver las urnas de Daoiz y Velarde llevadas en triunfo."

Por supuesto, que el protagonista en aquella gran solemnidad fué el cuerpo de artillería, sin que nadie intentara, por entonces, disputarle tan airoso papel. La elegancia y suntuosidad del carro en que fueron transportadas las urnas; el gallardo cortejo que lo escoltaba y seguía, todo él de artilleros, cuyos oficiales superiores llevaban las cintas; la consideración, sobre todo, de aquel sagrado depósito que se les había confiado como parte que era, la mayor sin disputa, de su propia gloria, de sus honrosas tradiciones, de su más brillante porvenir en la historia de nuestras instituciones militares, arrastraban en pos de aquella tan benemérita el respeto, la admiración, los corazones, en fin, de cuantos presenciaban tan magnífico desfile por las calles de Madrid. Nada había, en cambio, escaseado el Cuerpo, celo, inteligencia ni sacrificios de género alguno para alcanzar tan brillante resultado.

La actividad sin límites del general Loygorri, su clara inteligencia, la inspiración, que nunca le abandonó en el culto que debía á su cuna militar, á las glorias de sus camaradas, al sacrificio, particularmente, de aquellos dos ilustres capitanes del arma, que la gratitud de la patria elevaba en aquellos momentos á la más encumbrada jerarquía de la Milicia; actividad, inteligencia é inspiración secundadas por sus subordinados, brazos no, sino resortes de acción propia, elementos científicos de esa admirable y sabia máquina que se llama el Cuerpo de

Artillería, consiguieron arrancar de todos los presentes, pueblo y ejército, un aplauso que aún supone resonar en su oído el que hojea la crónica de aquel día memorable.

Todavía impresionan vivamente la lectura de esa crónica y la vista de las dos estampas en que el buril de Ametller y de Esteve ha sabido reproducir el espectáculo de aquel carro, en derredor del cual cree uno distinguir al eximio General y reconocer algunos de los oficiales que fueron ornamento del Cuerpo y admiración nuestra. Acribillados por las balas y mostrando sus honrosas cicatrices, orgullosos sobre todo de la gloriosísima representación que se les confiaba, recibieron del pueblo de Madrid una inmensa ovación como premio debido á su lealtad inquebrantable y á sus extraordinarios servicios.

Debemos al lector una descripción algo detallada del carro y de las urnas en que fueron llevados los restos de Daoiz y Velarde en aquella solemnidad; y ya que no podemos evitarla con ilustraciones, nunca como en tales casos convenientes, vamos á suplirla con la copia de los párrafos que á tal objeto dedica el Sr. Tamarit en su libro, varias veces citado en este escrito: "Los tres grandes objetos — dice — religión, patria y rey cautivo, por que espontánea y resueltamente se sacrificaron los heroicos Daoiz y Velarde, primeros adalides de la libertad de España, estaban representados respectivamente por una hermosa matrona, con los atributos propios, cuya actitud

y lugar indicaban que conducía las víctimas al templo santo, invitando á que los imitemos, y presentando el libro sagrado por aquella parte donde se lee: *y no quisieron quebrantar la santa ley de Dios, y fueron destrozados; y fué grande en extremo la ira contra el pueblo.* Por una roca las columnas de Hércules y los dos globos, rodeado todo del luto ó manto negro con que la España recordaba la pérdida de sus hijos; y por la corona, cetro y púrpura real.=Los dos leones que abatiendo trofeos franceses iban en la parte anterior del carro y llevaban á su lado vasos de alabastro humeantes, representaban la noble fiereza del pueblo español, quien al mismo tiempo elevaba su oración al Señor, rogándole por las víctimas.= Los bajos relieves en láminas de bronce que iban á los costados de la roca, representaban la muerte de los héroes.=Los cañones que se dejaban ver con trozos de cadenas por la espalda del carro, aludían á que la artillería española mandada por aquellos sus dos dignos oficiales, rompió las de nuestra esclavitud en tan memorable dia.=Por el escudo y lema colocados sobre los cañones se alegorizaba al pueblo heróico de Madrid, y se le tributaba el obsequio debido á sus sacrificios y constancia en tan desigual lucha.= El clarin y ala simbolizaban el renombre que á la posteridad han dejado los héroes del 2 de Mayo.= Los adornos de las urnas eran atributos á la inmortalidad, victoria, glorioso martirio por la Patria y honores concedidos á los héroes.=Adorna-

ban el carruaje varias figuras y alegorías, notándose entre ellas los bajos relieves bronceados que representaban el sacrificio de los héroes".

V

Los manes de tanta y tanta víctima como fué sacrificada á la hidrópica ambición del César francés, podían darse por aplacados y satisfechos. El desagravio había sido tan grandioso como justo; y la Nación entera parecía haber tomado por suya la ofensa inferida al pueblo de Madrid para, como suya, vengarla primero y, como deuda, después, sagrada, satisfacerla con las muestras más inequívocas de admiración y de respeto por el heroico sacrificio que se había impuesto.

A esa actitud generosa de la Nación correspondió el Gobierno en las diversas formas en que cabía hacerlo durante el largo período transcurrido desde la hazaña del Dos de Mayo, que nunca dejó olvidada, según ya hemos hecho ver, hasta el último episodio de lucha tan larga, coronada seis años después con el éxito más decisivo y ruidoso. La Junta Central estableció, la primera, el tributo de dolor debido á la suerte infausta de los héroes de Madrid; la Regencia, lo confirmó como uno de sus más urgentes compromisos; y las Cortes no cesaron de, por medio de los honores y las recompensas de todo género, mover y exci-

tar el espíritu público á la satisfacción de tanto agravio, de tantas lágrimas y sangre como sufrió y hubo de verter Madrid en aras del honor nacional y la independencia de la Patria. El Rey no escaseó tampoco las muestras de gratitud al amor y la abnegación de los que, en el decreto de 4 de Mayo, dado en Valencia, llamaba *su pueblo de Madrid*, al conceder á la Villa el título de *heroica* y á su Municipio, el tratamiento de *excelencia*.

Los nombres de Daoiz y Velarde habían sido inscritos, como siguen estándolo, con letras de oro en el salón de sesiones de las Cortes; se habían otorgado pensiones, después, á las familias de aquellos héroes; y á todos los más allegados, *hijos de ambos sexos*, *viudas y parientes más cercanos*, de las víctimas, concedió Fernando VII, por decreto de 27 de Octubre de 1815, además de premios remuneratorios, el uso de una medalla de honor conmemorativa de tan heroico sacrificio. La medalla es de plata ovalada, con la inscripción: FERNANDO VII Á LAS VÍCTIMAS DEL 2 DE MAYO, rodeada de palma y laurel y con una corona, de laurel también, sobrepuesta en el anverso, y con el siguiente lema en el reverso: PRO PATRIA MORI ÆTERNUM VIVERE.

Doña Isabel II, por fin, tan madrileña de corazón como de cuna, y entusiasta además de las glorias militares, otorgó en 1852 la concesión de títulos de Castilla á los descendientes directos de los dos artilleros, según sus mismos ya ilustres apellidos y la ocasión de su hazaña.

En cuanto al monumento mandado alzar por las Cortes en el párrafo segundo de su decreto de 24 de Marzo, permaneció largos años tan olvidado como el que debía ostentarse en el salón de sesiones para conmemorar el 19 de Marzo de 1808, día de la exaltación del Rey Fernando al Trono de las Españas. En 1822 se publicó un programa para el concurso y se otorgó el premio al proyecto, después de realizado, de D. Isidro Velázquez; pero la entrada en Madrid, el año siguiente, de los cien mil hijos de San Luis estorbó la continuación de las obras ya comenzadas, que hasta fueron destruídas. La arrogancia francesa, ó más bien quizás un exceso de galantería de los madrileños, que ¡oh contrasentido, que sólo pueden explicar los fanatismos políticos! recibieron á sus antiguos enemigos con los brazos abiertos, aun cuando con el mismo grito de ¡viva Fernando VII! produjo la ruina de la fábrica dedicada á una de las glorias más puras de la Nación. En 1838 comenzaron de nuevo las obras con las ceremonias, en tales casos usadas, de bendecirlas, depositar en su cimiento ejemplares de la Constitución, Guía de Forasteros, listas de diputados y de ediles, proclamaciones y monedas de los tres metales y cuño de la Reina; llegando en 1840 á debido remate y recibiendo el glorioso depósito de los mártires en cuyo honor se habían levantado. No hay para qué describir aquel elegante cenotafio, de todos admirado; sólo haremos observar su parecido con el del mismo arquitecto D. Isidro Velázquez,

alzado en la iglesia de San Francisco el Grande para los funerales de la Reina Isabel de Braganza en 1819. ¿Sería este un ensayo como el de las inscripciones en el monumento del Campo de la Lealtad, para ver cómo parecían, aquél á la vista y éstas á los oídos de las gentes?

No gustaron las inscripciones; y D. Juan Nicasio Gallego relegó la primera, por inaplicable, á su puesto entre las poesías del Fénix de nuestros ingenios, y al olvido la segunda, por expresar un sentimiento hijo de época posterior. "¡Viva Fernando VII! ¡Muera Napoleón!, decía el autor de la oda inimitable. *El día Dos de Mayo*, fué el grito en que prorrumpió el pueblo de Madrid, y que resonó en todo el imperio español de uno y otro mundo. Las ideas de libertad política, de la necesidad de limitar la autoridad de los reyes, las de constitución y gobierno representativo, son de fecha más reciente, y querer aludir á ellas en las incripciones del monumento del Dos de Mayo es cometer un verdadero anacronismo."

En 1815 presidió, según ya hemos dicho, la ceremonia en San Isidro el Rey Fernando, acompañado de su hermano Don Carlos y del Infante Don Antonio, su tío. Como en la anterior, se repartieron limosnas y se otorgó un indulto; y se celebraron también honras en varias capitales de provincia, aun cuando no con la ostentación que en 1814 ofrecieron, especialmente las de Zaragoza y Cádiz.

El cuerpo de Artillería hizo por entonces gra-

bar las dos estampas, á que antes aludíamos, dibujadas por Ribelles; y un D. José Ibáñez emprendió en Sargadelos un gran bronce representando la acción de los artilleros en el Parque. Más tarde se ejecutó alguna otra medalla, dedicada, como la grande de Ibáñez, á la gloria del pueblo madrileño, de Daoiz y Velarde, á quien se ha alzado una estatua en Santander; y, por fin, se erigió el bellísimo grupo de D. Antonio Sola con los dos héroes en traje antiguo, dándose la mano, las espadas en la diestra y en el acto de juramentarse para *vencer ó morir,* su histórico lema.

Todo el mundo sabe cómo se celebra hoy en Madrid el aniversario del Dos de Mayo, é inútil es, de consiguiente, el consignarlo en este escrito. Han pasado muchos años desde el en que se derramó la sangre de tantos esclarecidos mártires, sangre generosa, más que vengada en todo el haz de la Península, donde no hubo un español que no la recordase en los campos de batalla, en el valle y la montaña nativos, hollados por el extranjero, en la choza miserable ó el espléndido palacio de que hiciera el enemigo alojamiento; y el honor del mausoleo ingente que encierra sus cenizas y las oraciones que se elevan por sus almas al cielo, habrán aplacado los manes de las víctimas sacrificadas aquel día en el altar de la Patria. A nosotros nos toca abominar del acto, hasta entonces inaudito, ejercido por el Emperador Napoleón en España, y de las violencias co-

metidas por su lugarteniente en Madrid, provocando una guerra asoladora con gentes á quienes no cesaban de proclamar amigas y aliadas y que los habían recibido como nuncios de una regeneración política que hacía tiempo deseaban. Amigos, con efecto, y aliados habíamos sido los españoles de la Francia, y no escasearon en el largo tiempo de unión tan estrecha, ya de familia, entre las reinantes de ambos países, ya política una vez satisfecho el honor nacional con los sacrificios que el nuestro se impuso para vengar la muerte del último de los Capetos; no escasearon, repetimos, las pruebas de nuestra buena fe, entregando tesoros, buques y ejércitos al representante de la nueva dinastía para la ejecución de sus proyectos de engrandecimiento. Él nos pagó con la más negra ingratitud: su ambición lo atropelló todo, la palabra empeñada, la honra comprometida y el prestigio alcanzado; pero, como nada prevalece, al fin, contra los fueros de la justicia, encontró en España el que había de ser escollo de todas sus codicias, la ruina suya y la del país que le había confiado sus destinos.

Hoy no es día de odios y recriminaciones; lo es de lágrimas; que si en Madrid y en todo España se derramaron á raudales en el que se conmemora, á raudales también se vertieron en la Francia napoleónica, engañada con el esplendor de tantas glorias, pero donde muy pronto se hizo la guerra de España la más impopular de todas por lo injusta, lo asoladora y costosa. Aún se conser-

va entre nuestros vecinos el doloroso recuerdo de aquella lucha inacabable donde dejaron sepultada la flor de su juventud; que tantos reproches valió al inexorable Emperador de parte de sus pueblos y causó su catástrofe final, mientras que España, coronada de laureles, tanto más honrosos cuanto menos esperados en contienda tan dispar, adquirió la consideración, el respeto y hasta el temor que infunde para lo porvenir en ocasiones semejantes.

Napoleón y el Dos de Mayo.

De entre los rojos vapores de la sangre vertida por el *Terror* en Francia, surgió, como el fénix de sus cenizas, el renacimiento político y social de la *Gran Nación*.

La Revolución, sumergida en el piélago cenagoso de sus propios excesos, necesitaba una fuerza bastante poderosa para que la sacara de aquel abismo, nuevos resortes y otro impulso que la permitieran continuar su obra, que la llevasen al cumplimiento de sus destinos, haciendo aceptables los principios que había proclamado, fructuosos sus esfuerzos y sólida y respetada su existencia.

¿Quién la salvaría de entre las ruinas en que iba á sepultarse, extraviada al dirigirse, febril de entusiasmo, á la meta de sus aspiraciones, pero caduca, antes de tocarla, y expirante de debilidad y descrédito? Así, con efecto, había pasado de la *Asamblea* á la *Convención* en su juventud, al *Terror* en su madurez, y á aquel *Directorio,* cuando

decrépita, tan débil como inepto. Sólo la gloria de las armas la había servido para prolongar su vida, conteniendo la gangrena que la corroía; y esa gloria se hubiera vuelto contra ella mucho antes sin las ambiciones encontradas de los generales, hasta sobreponerse á todas la extraordinaria de uno de ellos, verdadero monstruo de energía, de genio y de fortuna. ¡Ser providencial creado para enlazar la obra revolucionaria con la de la *Restauración,* consolidando así aquellos grandes principios constitutivos de las sociedades modernas con hacer práctica la *libertad* rodeada del orden y de una gloria hasta entonces desconocida, conquistada en muchos años de preponderancia militar y política!

¿Quién era Napoleón? Las gentes vulgares dirán que, oriundos de Italia sus padres, nació en la isla de Córcega, más que nunca ilustre desde entonces; pero las á que su solo nombre aterra ó enloquece de entusiasmo, y los libros que de él hablan, hacen creer que fué un hombre universal, destinado á formar el eslabón que habría de unir el siglo llamado de Luis XIV, igual y sincrónico en todas las sociedades europeas, con sus leyes autoritarias, sus prerrogativas aristocráticas y sus costumbres, y el de la Democracia, monárquica ó republicana, militar ó civil, pero siempre igualitaria y liberal. La Revolución había roto la robusta cadena que impedía el acceso á esa región de los privilegios graciosos, más que en otras partes guardados en Francia desde el estable-

cimiento de los septentrionales en su suelo. Salvada ó rota la valla, la Revolución se había desbordado en su curso, como se desbordan los ríos al hundirse los diques levantados para encauzarlos, inundando la Francia de utopias y licencia, de sangre sobre todo, desolación y espanto.

¿Cabría restablecer esa cadena á punto de dudarse en lo porvenir de su fractura? ¿Se hallaría Vulcano político que no fracasara en tal empresa, por diestro que fuera, tan hábil en las artes sociales como dicen lo fué el de la fábula en la de batir y soldar el hierro?

Pero en Córcega, de todos modos, con antepasados ó no de estirpe Real, de padres nobles y honrados aunque pobres, y cristianos viejos, aun cuando haya quien los crea proceder de los deicidas de Jerusalén, Napoleón nació para la historia el día en que, comandante de artillería, señaló á Dugommier *el pequeño Gibraltar* como el punto clave de la reconquista de Tolón. La torpeza de los sitiadores corría parejas con la de los sitiados; y Dios sabe hasta cuándo hubiera durado aquel asedio sin el arranque de inspiración de Bonaparte, que así inauguró un ciclo de hazañas, tan portentosas por la habilidad como por el valor y la energía que hubo de desplegar en ellas. No se dió, con todo, por entonces, la importancia que merecía á tal rasgo de genio militar, sino que se esperó á que, aceptando las ofertas de Barras para derrotar á las *Secciones* el 13 Vendimiario, se proclamara su nombre en la *Convención* como

el del general ilustre que la había salvado, y como esperanza ya de la República contra sus enemigos interiores. "De la tribuna, ha dicho un historiador estos días, el nombre del general Bonaparte pasa á los periódicos, y desde aquel momento sale de la obscuridad en que se hallaba envuelto."

¿Para quién, después, se mantienen desconocidas las campañas de 1796 y 1797, en las que con esfuerzos, esos sí que titánicos, de inteligencia, de previsión y arrojo, logra vencer y hasta destruir los varios y numerosos ejércitos con que el Austria, siempre tan tenaz y ardiente en sus empeños, pretende disputarle el imperio de la alta Italia?

En Egipto, luego, se prepara á conquistar el *Consulado* halagando la exaltada fantasía de los franceses al revestir su extraordinaria, casi maravillosa jornada, con las galas todas de aquellas que los Alejandros y Césares habían inmortalizado haciendo verosímiles las fabulosas del civilizador Baco y del misterioso Osiris. En Francia, por fin, anonadando la revolución, restableciendo el culto y el orden antiguos, y á favor de la práctica de procedimientos administrativos que ni se sospechaban en él, obtuvo el *Imperio*, que, con las campañas de Alemania, aquellas estupendas victorias de Ulma, Austerlitz, Jena y Friedland, hizo tan glorioso y fuerte como el del mismo Carlomagno. Rendíanle pleito homenaje, puede decirse, los Soberanos y Grandes Duques de Alemania; el Czar de todas las Rusias le trataba como á igual

en las célebres conferencias de Tilsit al pretender la transformación de la Europa continental, y no se abochornaban los italianos de cambiar por su nombre el de Dios en las nuevas monedas, los ministros imperiales en compararle también con el Hacedor Supremo, y el mismo Instituto de Francia en proponerle los títulos de *Augusto*, *Germánico* y *César* para las inscripciones del arco de la Estrella. Y como ésos, al fin agentes ó subordinados suyos, clamaban en el púlpito el clero y sus obispos, y en los Cuerpos legislativos se oían elogios y adulaciones que ruborizarían á un Tiberio ó un Caracalla, colocándolo "por encima de la historia humana, como decía D'Etienne, y haciéndole pertenecer á los tiempos heroicos, grande, más que los reyes, tal como Homero, según la fábula, ha representado á Júpiter, sobrepuesto á los dioses y gobernando el universo con la autoridad de su pensamiento". ¿Qué más? Decía luego Fontanes: "El Emperador está muy acostumbrado á vencer para que nosotros lo hagamos notar de nuevo. Baste decir que á las pocas jornadas se encontraba muy allá del punto en que se detuvo Carlomagno, y que, superior á todos los grandes hombres que le han precedido, no hallará en su camino otro Roncesvalles."

¡No hallará otro Roncesvalles!

Y esto, para colmo de sus lisonjas, tan vergonzosas como torpes, lo consignaba el Presidente que había sido del Cuerpo legislativo, rector de la Universidad de Francia y senador muy pronto,

en un discurso pronunciado pocos meses después del Dos de Mayo, fecha providencialmente señalada para la decadencia, desde luego, y para la ruina, más tarde, del Imperio napoleónico.

No habría necesidad de demostrarlo en nuestros fastos nacionales, porque el mismo á quien tanto halagaba la idea del restablecimiento de aquel vasto y grandioso poderío de Occidente que había hecho la gloria de la Francia en la Edad Media, acabó por confesarlo cuando, presa de mortales angustias y al borde del sepulcro, se abría paso la verdad á su inteligencia y á su corazón. Decía al Conde Las Cases: "De todos modos, esa desgraciada guerra de España ha sido una verdadera llaga, *la causa primera de las desdichas de la Francia*". Y exclamaba en otra ocasión durante su cruel ostracismo en Santa Elena: "Esa combinación me ha perdido; todas las circunstancias de mis desastres van á enlazarse en ese nudo fatal". No habría necesidad, repetimos, de demostrarlo por nuestra parte; pero en aquella combinación, tramada por la más alta inteligencia político-militar de los tiempos modernos, y en los ruinosos éxitos que así lamentaba su autor, hay tales particularidades, existen motivos tan elocuentes para explicar la acción, lenta sí, pero eficaz siempre y decisiva al fin, en la fortuna y los destinos del nuevo César, que se nos ha de permitir detenernos un momento á recordarlos, aun cuando sean del dominio de todos, y por muchos, así lo consideramos, conocidos y juzgados.

Napoleón había llegado á ejercer tal encanto, una verdadera fascinación, en el exaltado y novelesco espíritu de los españoles, por el extraordinario carácter, eminentemente oriental, de que aparecía revestido, por su vasta inteligencia y admirables hechos, que era raro el que de entre nuestros compatriotas no le supusiera, como Fontanes, envuelto en la esplendente atmósfera de una gloria que ni los hombres ni la misma fortuna lograrían nunca anublar. Y es que la imaginación se exalta, con efecto, considerando lo que puede alcanzar el genio, esa chispa desprendida de la divinidad para comunicar al hombre algo del fuego sagrado en que arde, dándole un punto más de semejanza con ella, el de no ser contemplado según la materia de que todos somos hechos, sino en lo que se refiere al espíritu, á la esencia inmaterial, incorruptible, por lo mismo que emana del cerebro, con su potente luz y sus brillantes destellos. Hay así que mirar en Napoleón al agigantado cometa que recorre el espacio desde el principio del mundo al meteoro conocido en los siglos y en las sociedades á que ha ido sucesivamente presentándose con los nombres de Sesostris, Alejandro ó César, y después por los de Atila ó Carlomagno, aspirando siempre á la admiración universal con las manifestaciones de su pavorosa influencia.

Por tal debían tenerle los españoles en los primeros años de la actual centuria, según las lisonjas que le dirigían los más ilustrados y los

ditirambos que le dedicaban, en sus asambleas, libros y periódicos, cuantos pretendían difundir por nuestro suelo sus ideas políticas y conocimientos históricos. En el ejército, sobre todo, más que sorpresa y admiración, había producido el Emperador de los franceses un pasmo y un entusiasmo rayanos á los delirios que acompañan al patriotismo en las contiendas nacionales y cuando se trata de las glorias propias y de los hombres hijos del mismo sacrosanto hogar. Los entregados al estudio del arte de la guerra, los que sentían encenderse en bélico ardor sus corazones ante el espectáculo de una marcial función, y cuantos iban siguiendo paso á paso, aun cuando sólo fuera mentalmente, la marcha triunfal de Napoleón á través de la Europa toda y hasta los confines del Imperio moscovita, no sólo le consideraban invencible, sino que árbitro también de los destinos del mundo.

El que muy luego iba á ser el primero en arrojarle el guante retándole á tan desigual batalla, el Capitán Don Pedro Velarde, escribía á otro artillero español de los de Dinamarca: "Habrás visto al victorioso y grande Emperador, cosa que regularmente no veré yo en mi vida".

La tibieza que causó en las tropas que con O'Farril tuvieron la misión de guarnecer el nuevo reino de Etruria, viéndose allí sin enemigos á quienes combatir y como agentes pasivos de una independencia meramente ficticia, se convirtió en júbilo y entusiasmo al ser destinadas á tomar

parte en la lucha entablada por los franceses, á las órdenes de los mariscales del Imperio y acaso á las del mismo Emperador, en las provincias septentrionales de Europa. Peleando en las orillas del Báltico, con aplauso de los que acababan de vencer á los discípulos del gran Federico, otro ídolo de los militares españoles, creían los del Marqués de la Romana hacer partícipe á la Patria de aquellas glorias que tanto ambicionaban y eran su estímulo más punzante en los campos de batalla. Hasta los expedicionarios á Portugal, en vez de considerarse así como satélites de Napoleón para un despojo que tanto debía afectar á sus soberanos por lo próximo del parentesco que los unía á los del reino vecino, creían también deber contribuir á aquel soñado bloqueo continental que iba, en concepto suyo, á sumir á la Gran Bretaña en la miseria y obligarla á solicitar la paz.

Pero hay más: el favorito de Carlos IV, verdadero Rey de España, había caído en el mayor descrédito, así por los orígenes de su elevación, como por lo torpe, inmoral y desastroso de su gobierno. A la vez se alzaba en la opinión del país la que, de día en día, iba creciendo en el número de sus adeptos, la causa del Príncipe de Asturias, á quien desde sus primeros años, y por contrariar las debilidades de los Reyes, sus padres, y las ambiciones, tan exorbitantes se le suponían, de Godoy, se comenzaba ya á llamar el *Deseado*. Y como no sólo el vulgo, que era el que se mos-

traba más entusiasta, sino que una gran parte de la nobleza y el ejército veían en los agentes diplomáticos del Emperador una inclinación marcada en favor de D. Fernando, de ahí el que la casi totalidad de los españoles pusiera su confianza en quien de seguro, según ellos, los sacaría de la abyección á que estaban reducidos, y á la Patria de su ya inmediata y vergonzosa ruina.

¿Qué hay, pues, de extraño en que Napoleón se tuviera, como dice en sus Correspondencias y en el Memorial de Santa Elena, por objeto de las esperanzas de los españoles, aclamado y aun bendecido por todas las clases, y se considerase con motivos y fuerzas para disponer de los destinos de la Monarquía española? Esta, además, era, en su sentir, una nación olvidada de su pasado, una *nación de frailes*, á la que no le quedaba otro sentimiento generoso que el del odio al inepto y vergonzoso gobierno que desde las alturas del de Carlos III la había hecho descender al abismo en que yacía. Y como tenía que vengar no pocas torpezas y también injurias de ese Gobierno, ya de cuando en 1801 había él pretendido la ocupación de Portugal como prenda valiosa para las compensaciones en el futuro tratado de Amiens, ya de cuando vió la luz aquella fatal, misteriosa y amenazadora proclama de 1806, en los días precisamente de Jena y Awerstadt, Napoleón supuso que era común el interés de los españoles y el suyo; en ellos, para librarse de sus anacrónicas instituciones, y en él para completar lo que lla-

maba siempre *su sistema*, llevándolos á la lucha de las ideas modernas, dándoles una constitución liberal y una dinastía nueva, como suya, brillante y poderosa. Napoleón podía considerarse entonces como soberano de la Italia entera, con excepción de los Estados de la Iglesia. La parte de Alemania comprendida entre el Rhin y el Elba estaba á su devoción, ya que su hermano Jerónimo y su cuñado Murat reinaban en Westphalia y Berg; y Baviera, Wurtenberg, Baden, lo mismo que los demás estados de la Confederación, ni escuchaban más voz ni se sometían á otras inspiraciones que las de su invencible protector. En Polonia tendría un aliado tan leal y consecuente como en el Rey de Sajonia, á quien acababa de dar el gran ducado de Varsovia, formado con las provincias arrebatadas últimamente á la Prusia, que sufría como anonadada, sin ejército ni hacienda, las consecuencias de sus anteriores vacilaciones y su inoportuna y temeraria resolución posterior. El Austria, por fin, se encontraba, si animosa como siempre y anhelando el desquite de tantos reveses como había sufrido, flaca de fuerzas, y recelosa, desde las conferencias de Tilsit, de las intenciones del Czar, que ambicionaba extender su imperio á la Finlandia por un lado y á los Estados danubianos por el otro. Nunca, pues, ocasión mejor, en concepto de Napoleón, para realizar sus planes sobre España, que, en tal estado la Europa, se hallaría lo sola que él deseaba para resistir el poder de su influjo y de sus armas.

Ese fué su error, colosal como lo eran todos los que cometió, y como lo eran sus éxitos, en razón de la también gigantesca fuerza de su genio. Esperaba las bendiciones de los españoles, y cuando no, el miedo á su pujanza; y ellos, como decía después, "desdeñaron el interés para no ocuparse sino en la injuria, se indignaron á la sola idea de la ofensa, se sublevaron á la vista de la fuerza, y todos corrieron á las armas".

Ahora bien, el primer chispazo de esa indignación saltó en Madrid, donde, antes que en ninguna otra parte de España, se comprendieron lo falso é hipócrita de aquel interés, lo grave de la ofensa y las intenciones con que penetraban las fuerzas imperiales é iban estableciéndose en los puntos más importantes de la Península. Que la nación no estaba degradada al punto que suponía el Emperador, lo demostró la revolución de Aranjuez, oponiéndose á las cobardes resoluciones de los Reyes padres, sugestionados por el favorito, y alzando al trono al que suponía abriendo paso á la aurora de su regeneración social y política. Que no necesitaba ayos ni tutores, lo pudo observar Murat en el espectáculo que ofreció la entrada del nuevo Soberano en Madrid ante un pueblo ebrio del más delirante entusiasmo. Que esa nación era la misma de sus antiguos tiempos, y que no había cambiado en cuanto á su manera de ser, fiera, altiva é indomable, procurando siempre mantener incólumes los fueros de su independencia, se lo demostró por fin, y con

elocuencia aterradora, el Dos de Mayo de 1808.

Decíamos en otra parte: "No es el Dos de Mayo una sublevación preparada, en que un pueblo que desea sacudir el yugo extranjero acecha la ocasión más propicia para exterminar á los que quieren imponérselo; no es la ateniense esperando á Trasíbulo para arrojar á los Treinta del Pireo, ni mucho menos la siciliana esperando el toque de vísperas para exterminar á los soldados y agentes todos del de Anjou: es una sublevación espontánea, sin concierto anterior, en que la idea conservadora, innata en el pueblo español, excitada ante el espectáculo de la religión nacional escarnecida, de la monarquía legítima esclavizada y de los fueros populares atropellados, se presenta, crece y desarrolla instantáneamente para el mantenimiento de tan venerados objetos, y cuando no, para vengarlos en la cabeza de sus enemigos."

Se ha pretendido demostrar que existía una conjura patriótica, casi un acuerdo también, entre los oficiales de artillería, para resistir los proyectos de usurpación que revelaban los manejos del Emperador de los franceses, así con las discordias introducidas en el seno de la corte española, como con la, al parecer, torcida y sospechosa dirección que se daba á las tropas imperiales, destinadas ostensiblemente á Portugal, y con la ocupación, sobre todo, artera y traidora de las plazas más fuertes de nuestra frontera del Pirineo. Pero á pesar de los datos y de los conceptos

presentados para probarlo, basta uno solo de aquéllos para destruir la eficacia de la novísima noticia de tal conspiración, aun puesta de manifiesto por uno de nuestros más eruditos historiadores.

Ese dato es, en nuestro sentir, incontestable.

A la jornada del Dos de Mayo sucedieron los levantamientos y declaraciones de guerra contra el Emperador Napoleón en todas las ciudades más importantes de la monarquía libres de la ocupación francesa. ¿Dónde, fuera de Madrid y Segovia, aparecen los oficiales de artillería, que después se ha considerado como comprometidos á hacerlo, provocando y decidiendo la sublevación? No son los artilleros gentes que vayan nunca á eludir los compromisos que hayan contraído; y ni en Oviedo, la Coruña, Valladolid, Valencia y Zaragoza, ni en Sevilla y Cádiz, donde tantos debía haber, se les vió tomar la iniciativa á que, supuesto el acuerdo, estaban llamados. En la mayor parte de esas poblaciones, el vulgo, las masas de menestrales, estudiantes y próceres, de obreros y fabricantes, las turbas de haraposos, de lo más soez y miserable en algunas, son las que arrastran á las demás clases sociales y á las autoridades á seguir su patriótico impulso. Pero aún hay más: en el mismo Madrid, donde también toma la plebe la iniciativa, muy pocos imitan la conducta de Daoiz y Velarde, sin que esto signifique que dejaran de simpatizar con ellos, pero sí que no estuvieran convenidos para pro-

mover aquel gravísimo conflicto, que muchos temerían, y fundamento había para creerlo, iba á acabar produciendo la ruina de la Patria. Contenidos, sujetos por los lazos de la disciplina y las órdenes de la autoridad, permanecieron los más en sus puestos, lo mismo que en sus cuarteles las tropas de todas armas, con la sola excepción de una compañía de Granaderos del Estado que fué destacada al parque de Monteleón, y cuyo teniente, D. Jacinto Ruiz, obtuvo allí la gloria de ser uno de los primeros mártires de la Independencia española. Falso, así, lo que dice en sus *Memorias*, recientemente publicadas, el general Barón de Marbot, al asegurar, con el testimonio de su vista, que "al llegar á la Puerta del Sol encontró á Murat á las manos con una multitud inmensa y compacta de hombres armados, entre los cuales se veían algunos miles de soldados españoles disparando á metralla con sus cañones sobre los franceses". Ni Murat se halló dentro de Madrid durante la lucha, sino en la Montaña del Príncipe Pío, para desde allí dictar sus órdenes, ni nuestros soldados, y mucho menos á miles, salieron de sus cuarteles, ni se oyó otra artillería española que la del Parque, dirigida y apuntada por Daoiz y Velarde.

El Dos de Mayo es obra del pueblo de Madrid, secundada por aquellos insignes artilleros, cuyos nombres durarán en la memoria de los españoles hasta la consumación de los siglos, como lazo de unión y de comunidad de intereses y sentimientos

de las clases todas de la sociedad española cuando se trata de mantener sin menoscabo ni mancha los ideales de una raza que, así en tiempos remotos, sin más fuerza que su voluntad y su genial desapropio, como en otros próximos, armada con la que prestan la civilización y el estudio, jamás ha vacilado en ofrecer los sacrificios más costosos en holocausto á la Patria.

Al grito de una anciana lamentando la conducción del Infante Don Francisco á Bayona, hace coro la multitud de madrileños agolpados á las puertas del Palacio Real, y que hacen pedazos los tirantes del coche en que va á partir el tierno niño. Algún oficial francés, encargado por Murat de apresurar la marcha de los restos de la Familia Real que aún quedaban en Madrid, y que trata de resistir la acción de nuestros patriotas, se ve á punto de ser sacrificado, salvándole otro español, allí presente. Pero acudiendo fuerzas del inmediato alojamiento del Duque de Berg, rompen el fuego sobre el paisanaje, que huye de la Plaza de Armas para esparcirse por la villa llamando á las armas á sus allegados y vecinos. Sus armas son sables, escopetas, navajas y pistolas; el ánimo, generoso, y la resolución, patriótica. ¿Podrán combatir á los que ya pasan por los primeros soldados del mundo, dirigidos por los generales más distinguidos del Imperio, y llevando en pos sinnúmero de caballos y cañones? El valor, sin embargo, innato en nuestras gentes, y la rabia que sienten por la afrenta recibida, las llevan á lucha

tan desigual en que necesariamente han de perecer; y si en el Parque de Artillería pretenden Daoiz y Velarde arrostrarla, no es porque ignoren el fatal destino que les espera, sino para, al satisfacer también su ansia patriótica, no de jar solo en la contienda á pueblo tan generoso como el que ven sacrificarse por el honor y la independencia de su noble raza. La mortandad es grande de una y otra parte de los contendientes; pero, aun así, muy inferior á la que, depuestas las armas por el pueblo á excitación y gestiones de las autoridades españolas, se entregan las francesas, para saciarse en el castigo, que suponen justo, y en la venganza, que consideran legítima, de la alarma y las pérdidas que han experimentado. La Puerta del Sol y su iglesia del Buen Suceso, la de San Ginés, la Montaña del Príncipe Pío y el sitio del Prado de San Jerónimo, generalmente llamado Campo de la Lealtad, donde se alza el monumento conmemorativo de aquella luctuosa jornada, son teatro de las inicuas ejecuciones decretadas por una comisión militar, tan arbitraria en sus sentencias como en su constitución. Para dictar esos fallos, todos de muerte, bastaba el hallazgo de un arma en las manos del acusado, siquier esa arma fuera un cortaplumas, una navaja ó unas tijeras; no se oía en aquel tribunal más voz que la del delator, ni se atendía á otro código que el bando, verdaderamente draconiano, que Murat había hecho pregonar cuando no era ya de temer una reacción por parte de los

inermes habitantes de Madrid que volviera á poner en riesgo su ocupación por los franceses.

Así se impuso el silencio por el pronto, y algunas horas después, la autoridad del que luego ostentaría el pomposo título de Lugarteniente del Reino, como demostración, harto expresiva, de que en España había acabado de reinar la dinastía de los Borbones, como en Portugal la de los Braganzas.

Al recibir la noticia del Dos de Mayo, Napoleón, en vez de preocuparse de las consecuencias de lo que para él, dígase lo que se quiera é invéntense cuantas cartas y fábulas parezcan mejor á sus admiradores, no alcanzaba otras proporciones que las de un motín, creyóla muy oportuna y favorable para realizar sus ambiciosos proyectos tan inmediata como ejecutivamente. Tenía en su poder la Familia Real de España y á su devoción los recientemente destronados monarcas, poseídos de ira y deseosos de vengarse de las que consideraban perfidias de su primogénito, anhelantes por verle oprimido, y, á su vez, sin libertad ni trono; y ya con sus artes sobre aquéllos, bien imponiéndose á Don Fernando con la fuerza, arrebató á todos hasta las esperanzas de su rehabilitación. Hizo más: á fin de que no abrigaran ni aun la más remota, los dispersó por distintos y bien guardados puntos del Imperio, Valençey, Compiegne y otros, para establecer en el trono español á uno de sus hermanos, pretendiendo así completar aquel *sistema,* favorito suyo, federativo en

la forma, unitario en la esencia y bajo su sola, arbitraria y despótica voluntad.

Pero, contra lo que él esperaba, el ruido del Dos de Mayo y los ayes de las víctimas inicuamente sacrificadas después de un combate, acabado, más que por la metralla francesa, por las exhortaciones y promesas de la Junta española de Gobierno, tienen eco en todos los ámbitos de la Península. El grito de alarma dado á la vista de Madrid por un alcalde de monterilla, corre como transmitido por la electricidad á las provincias más distantes, y en todas ellas provoca, con el dolor de la triste noticia, la ira y el anhelo patriótico de vengar atropellos tan crueles, y, por fin, la declaración de guerra al Grande Emperador, émulo de Carlomagno. Y sólo había transcurrido un mes desde aquella fecha, eternamente memorable, cuando se sentían los efectos de la venganza española en el Bruch, el Ordal, Logroño, Alcolea, y muy poco después en Zaragoza y Valencia, para saciarse hasta la hartura en aquel gloriosísimo campo de Bailén, teatro de la primera, y, según decía luego Napoleón, más *horrible catástrofe* que hubieran experimentado las águilas imperiales.

Le escribía su hermano, el flamante Rey, asentado ocho días antes en el trono de San Fernando, "que no tenía un solo partidario y que la nación entera se encontraba exasperada y decidida á sostener la causa que había abrazado", concluyendo su carta así: "Son necesarios medios in-

mensos para someter la España; este país y este pueblo no se parecen á ningún otro". Y todos aquellos ejércitos, tenidos por invencibles hasta entonces, internados en España á favor de la astucia y mala fe de su Emperador, retrocedían poseídos de espanto, si exasperados también por su imprevisto vencimiento, presurosos por abandonar un suelo cuyos habitantes, bien claro lo veían, los odiaban de muerte, acechando siempre el momento ó la ocasión en que exterminarlos. Parecíanles el Duero y el Ebro barreras débiles para ofrecerles amparo en su precipitada y vergonzosa fuga, fáciles de asaltar las plazas formidables conquistadas en plena paz y con ardides los más reprobados por el honor militar; y sólo se detuvieron al tener la seguridad de que el César corría en su auxilio con las fuerzas todas del *grande ejército,* que allí por donde no había españoles se había cubierto de trofeos y laureles.

Nuestros padres, los heroicos defensores de la independencia española, podían decir como sus antepasados en el canto de Altaviscar:

"¿Qué buscan los del Norte en estas breñas?
Dios hizo la montaña
Para que no la pase gente extraña;
¡Viva la paz! Lluevan sobre ellos peñas.
Un peñasco y otro y otro se derrumba
Y á soldados sin fin sirven de tumba;
Huesos tendidos, carnes palpitantes
De sangre inmunda asoman rebosantes."

.....
.....

"Huyen y más huyen; ¿qué fué entonces
De esos que en pompa semejaban bronces?
¿Y ese cañar de lanzas
Que amagaba tantísimas venganzas?"

¿Dónde, después del Dos de Mayo, y de la rota de Bailén, esperaría el sabio Sr. Fontanes encontrar otro Roncesvalles en la carrera triunfal de Napoleón?

EL DOS DE MAYO

EN LA DIVISIÓN DEL MARQUÉS DE LA ROMANA

El eco del Dos de Mayo madrileño extendió su lúgubre acento á las más remotas regiones. Con él cruzaron tierras y mares la ira de que iba impregnado y la venganza que pedía.

Era el espíritu del antiguo brío español que volaba en socorro de las víctimas cobardemente sacrificadas en las calles de Madrid, y en contestación á la voz del Alcalde de Móstoles declarando la guerra al grande Emperador de los franceses. En España cundió esa voz cual si fuera eléctricamente transmitida á todas las provincias; produciendo el arranque patriótico, enérgico, violento que aun admira el mundo: allí donde se acataban sus leyes, donde se vivía la vida de la metrópoli, por distante que estuviera y por diversas que fueran naturaleza, índole y costumbres de los habitantes, éstos protestaron de su incondicional adhesión; donde existían un ejército, un destacamento, un solo soldado, todos, según sus medios, acometieron la arriesgadísima, la temeraria em-

presa de vengar á sus hermanos, cruelmente azotados por *la furia francesa*.

Pueblo y tropas rivalizaron en tan generoso empeño.

El ejército que en cumplimiento del tratado de Fontainebleau compartía con el francés la ocupación de Portugal, si prisionero, en parte, antes de recibir la noticia del alzamiento de las provincias, de Junot tan sólo conocido, logró, en su mayoría, restituirse á España, aunque no sin combatir á veces con la caballería francesa despachada en su persecución. La división entera de Galicia salió de Oporto con el general Belestá, que la mandaba, á su cabeza; y el 10 y 11 de Junio de 1808 cruzaba el Miño, llevándose, en concepto de prisionero de guerra, al francés Quesnel y los dragones de su escolta. Cuerpos hubo, como el de Húsares de la Reina, que volvieron á su Patria completos también, con sus oficiales todos y sus estandartes, y los hubo cuya tropa, desoyendo las órdenes de sus jefes, excesivamente celosos por la disciplina, tomaron el camino del Guadiana, que recorrieron combatiendo diariamente con las guarniciones enemigas que les salían al encuentro. Un coronel, el de Tarragona, llevado con fuerza de su regimiento á Setúbal, huía en un barco, salvando la bandera arrollada á la cintura; y los soldados de Murcia y de Valencia, arrebatando las suyas del cuerpo de guardia, entraban días después en Andalucía entre el aplauso y los vivas de sus compatriotas.

¡Espectáculo hermoso, tan sólo amargado por la memoria de los que yacían en los pontones del Tajo, sorprendidos en los muelles de Lisboa creyendo embarcarse para España!

Pero ese espectáculo, hermoso y todo, quedó obscurecido por el que ofreció la división española que, á las órdenes del Marqués de la Romana, se hallaba acantonada en Dinamarca después de haber peleado en Stralsund con un éxito que hicieron resaltar en sus partes los mariscales Brune y Bernadotte. Los recelos que este último abrigaba respecto á la actitud que pudieran tomar aquellas tropas al tener noticia de los sucesos que iba provocando la política invasora y arbitraria del Emperador Napoleón, le movieron á dispersarlas por el continente y las islas de aquel antiguo reino, aliado con Francia desde el bárbaro atentado de Nelson contra la capital. De los varios regimientos que componían la división, los de Asturias y Guadalajara fueron enviados al campamento de Roskilde, distante ocho ó nueve leguas de Copenhague. En Fionia quedó la Princesa con la artillería y el cuartel general en Nyborg y otros puertos inmediatos, los dragones de Almansa guarneciendo Odensee, capital de la isla, y los de Villaviciosa y el batallón ligero de Barcelona en la costa opuesta de Faaborg y Svendborg. Entre un fuerte destacamento dinamarqués y cien granaderos franceses, vigilado constantemente y de cerca, se estableció el batallón voluntarios de Cataluña en la isla de Lange-

land que, por su situación en la salida del Gran Belt, ofrece una importancia excepcional para el tránsito de aquellos mares. En Jutlandia, esto es, en el continente, quedaron el regimiento de Zamora, que ocupó á Fridericia, y los de caballería del Rey, Infante y Algarbe, dispersos en pueblecillos, no todos próximos á la costa del Pequeño Belt.

Esa situación bajo la vigilancia de las autoridades del país y de las tropas francesas del Príncipe de Pontecorbo, que tenía á su lado al general Kindelan, segundo de Romana, pero, como luego llegó á verse, devoto suyo, colocaba á los españoles en un estado de aislamiento completo respecto á su patria, de la que apenas recibían noticia que no procediera de las regiones oficiales del nuevo gobierno, establecido todavía en Bayona. La Península estaba para ellos envuelta en las nieblas del más hondo misterio, ignorándose en Dinamarca cuanto ocurría en nuestras provincias, si no eran sucesos que se tomaran por favorables á la causa francesa y á la suerte, hasta entonces feliz, de sus armas. Dice uno de los expedicionarios, el entonces mayor del batallón de Cataluña, D. Ambrosio de la Quadra, general después acreditadísimo: "De lo que pasaba en España poco se sabía por falta de correspondencia, y apenas teníamos otras noticias que las que los franceses querían que tuviéramos: sin embargo, algunas cartas que llegaban manifestaban el descontento de la Nación, y aun anunciaban es-

fuerzos para defenderse. Hablábase, aunque vagamente, de levantamientos de provincias, de acciones y encuentros entre españoles y franceses, no desmentidos por los papeles públicos, aunque sí desfigurados: cotejándolos, se encontraba en ellos tantos absurdos como contradicciones. Los levantamientos de las provincias eran, según ellos, motines de gente baja y perdida, desbaratados casi al mismo tiempo que pensados; contento, decían, en donde entraban y por donde pasaban tropas francesas, y en los caminos gente armada que les hacía frente y se les oponía: á un mismo tiempo, y en un mismo paraje, había alegría y destrozo; vivas y aplausos mezclados con llantos, muertes, rapiñas y saqueos; iluminaciones y festejos públicos por la felicidad que se esperaba, entre suplicios padecidos por la resistencia que se hacía; contradicciones que manifestaban la voluntad unánime (que se quería suponer) de recibir en España un nuevo rey".

En la incertidumbre creada con tan falsas nuevas, con tan contradictorias manifestaciones del espíritu público en España, andaban los ánimos de nuestros compatriotas de Dinamarca tan indecisos como preocupados. El aislamiento en que se veían, la distancia á que se hallaban de todo amparo, el espionaje de que se sentían hechos objeto, la preocupación de un porvenir más y más sombrío á cada día que pasaba, las dudas, en fin, para el caso de una resolución que no podría ya retardarse mucho, tenían á todos, oficiales y tro-

pa, abrumados y presa de los presentimientos más funestos. Y no eran solas esas clases las más afectadas en ocasión de tan difíciles y peligrosas soluciones, sino que los jefes superiores, el General que, como el mando, asumía las responsabilidades de una misión en que iban comprometidos el honor, la libertad y la existencia misma de tantos hombres que además llevaban representados en sus banderas los más caros intereses de la patria, habría de mostrarse, si reservado con ellos, contemporizador hasta el exceso para algunos con los que ya debía considerar como enemigos.

En tal disposición los ánimos, llegaron el 24 de Junio á Nyborg el Teniente Coronel Llano, enviado desde Hamburgo para cerciorarse de cuál era el espíritu público en España, el del regimiento de Zamora, Aylmor, que iba á ocupar su destino, y el Coronel D. Martín de La Carrera, despachado de la corte por Godoy, temeroso, decíase, de que pudiera sustituirle en el afecto y el favor de María Luisa.

Habían presenciado los sucesos del Dos de Mayo en Madrid; y sobre todo el último de los tres los refería y comentaba con un calor que era para encender los corazones más fríos en la ira patriótica del que iba á ser luego uno de los más ilustres defensores y mártires de la Independencia española. La Carrera, si de algo pecaba en el ejercicio de las armas, era de tal exceso de temeridad, que sólo cuando no ejercía el mando lograba templar el freno de la disciplina; y sus acti-

tudes y sus palabras le hacían asemejar á uno de aquellos antiguos héroes, paladines en toda causa generosa y pudiéramos decir épica. "Madrid, según contaba, vió en Abril con harto disgusto y pena la marcha de Fernando VII á Bayona, y con marcada indiferencia después la de los Reyes padres. Con mayor aún, hasta con desdén por demás significativo, presenció la mañana del 2 de Mayo la salida de la Reina de Etruria, ni querida ni respetada de aquel pueblo, enloquecido de entusiasmo por su nuevo y joven soberano, víctima hasta entonces del desvío de su madre y de las ambiciones desapoderadas del favorito. Pero al ver cómo se arrancaba de Palacio al tierno Infante D. Francisco, apesadumbrado y lloroso, los madrileños, comprendiendo que se pretendía no dejar en España quien representara en grado alguno la dinastía legítima, se empeñaron en la noble pero temeraria empresa de resistir tan injustificada violencia y sustentar con eso los fueros de su libertad política, tan de cerca amenazados. Y sin concierto previo, sin ningún preparativo y sin armas ni otras defensas, por arranque espontáneo é improvisado á la vista de tan insólito atropello, y con sólo el noble propósito de mantener incólumes la religión que veían escarnecida, el trono contra su voluntad transmitido, y borradas con tal mancha las glorias todas de la Patria, se lanzaron á la más desigual pelea que registre la historia en sus anales. La sublevación fué sofocada en mares de sangre española; cien y cien héroes,

cuyos nombres han de pasar á la posteridad, cayeron revolcándose en ella á impulso del número y de la traición; pero España la vengaría en la cabeza de sus feroces é inexorables enemigos".

Eso decían Llano y La Carrera; y no tardó á notarse en el campo español de Dinamarca la efervescencia que comenzaron á producir en la tropa el fuego de aquellos discursos y los alardes que ponían de manifiesto el propósito de vengar el bárbaro atentado de los franceses en Madrid y las así reveladas injustas pretensiones de Napoleón.

Porque sucedió en España, como en tierra preñada de pasiones fáciles de excitar, que los que presumían de sólo inspirarse en altos pensamientos y de ser los primeros en sentir en su pecho la llama sagrada de la Milicia en sus múltiples evoluciones, eran quienes más de manifiesto ponían su entusiasmo por aquel genio de la guerra, superior, en concepto de muchos, á los más celebrados capitanes de la antigüedad, D. Pedro Velarde, y lo citamos por las circunstancias de su muerte, escribía á un su compañero de Cuerpo, el también capitán en la división de Dinamarca D. José Guerrero: «Habrás visto al victorioso y grande Emperador, cosa que regularmente no veré yo en mi vida." Y como el héroe del Parque de Monteleón pensaba el mayor número de nuestros militares; y el pueblo español, también en su mayoría, esperaba de Napoleón el arbitraje decisivo de las discordias en que hervía el palacio de sus Reyes y el

escarmiento de los desórdenes, intrigas y bastardas ambiciones de que se le había hecho vergonzoso escenario.

Pero queda con el Dos de Mayo á descubierto el plan maquiavélico de que va á ser víctima la Patria, el engaño con que se le ha arrancado la familia Real, y particularmente el príncipe en quien España tenía puestos sus ojos, el plan á que obedece la entrada de los ejércitos franceses en la Península y la ocupación artera y pérfida de sus plazas de guerra fronterizas; y la fascinación que producía el *Grande Hombre* y el entusiasmo que inspiraba, se truecan, como por ensalmo, para nuestro pueblo, nuestros estadistas y militares, en el odio, el rencor y el ansia de venganza que acabarán por llevarle á su ruina y muerte.

Revelad esa serie de desgracias é iniquidades á un ejército que todo lo ignora en el aislamiento en que, según ya hemos dicho, se le tiene, la distancia á que se halla y los presentimientos que le abruman; arrancad la máscara con que encubría su traición el que hasta entonces había sido su ídolo, imagen la más perfecta de la guerra, ante cuyos altares había ofrecido tantos sacrificios y derramado tanta sangre, días antes, y le veréis alzarse iracundo, y en nombre de la Patria jurar la venganza que sus hermanos esperan de él confiadamente. ¿Quién logrará contener el arranque de aquella multitud tan airada y turbulenta? ¿Quién calmar la tempestad que amenaza en aquel océano de pasiones prontas á desencadenarse?

¿Quién extinguir el incendio que ha prendido en ánimos tan fuertes y generosos á la voz del patriotismo con la aflictiva, pero abrasadora, de la hecatombe madrileña? Porque nuestro soldado, ya lo hemos retratado en otra parte, se muestra alegre al partir, si sale de España para defender la integridad de la patria y el honor de sus banderas; es valiente y disciplinado en la batalla, temerario en toda empresa que se roce con lo maravilloso; pero triste en la tregua y, en la inacción, murmurador, voltario, exigente y amotinado. ¿Quién, repetimos, va á reprimirlo, y menos á sujetarlo en momentos como los en que se vió en Dinamarca? ¿Quién?

Un hombre de cuyo valor y de cuya lealtad no podía con justicia dudarse, y que, sin embargo, necesitaría de cuantos recursos ofrecen al talento una gran serenidad, sangre fría extraña á la meridional que corría por sus venas, disimulo tan encubierto como sagaz, y el arte de sorprender al enemigo en las ocasiones más críticas, arte sólo comparable con el de imponerse con la dulzura y, cuando no, con la energía y hasta el rigor á sus subordinados; el Marqués de la Romana, en fin, hombre de instrucción vastísima, adquirida en largos viajes y en la copiosa y variada biblioteca que hoy posee la Nacional nuestra, valiente y experto en los combates, y ahí está para comprobarlo la historia de los de Castel-Piñón y Pontos en las dos extremidades del Pirineo, y enemigo ardentísimo de Francia, sin duda por haberse

educado en sus aulas y sociedades, pero demasiado conocedor de la situación en que se veían las tropas de su mando para, al comprometerse él con declaraciones ó maniobras que le denunciaran, ponerlas á ellas en el camino de su esclavitud y perdición. Necesitaba, así, para salvarlo, de todas esas facultades, de la autoridad que ejercía y del prestigio de que gozaba en el ejército.

Al conocer Pontecorvo el efecto producido en el campo de los españoles por la noticia del Dos de Mayo y de los sucesos que ocurrían, cada día más alarmantes para la dominación francesa en la Península; contemporizador con cuanto significara espíritu de independencia, mejor aún, de rebeldía á toda autoridad ó intereses de ambición como los que iban luego á llevarle al trono de Suecia, creyó que la seducción, los halagos, las distinciones y, en todo caso, una exquisita vigilancia bastarían para mantener en disciplina y obediencia á nuestros soldados. Parecía secundar en eso los planes de Napoleón; y de ahí los mensajes comunicados por sus ayudantes al Marqués de la Romana, los regalos de armas que le enviaba y las condecoraciones, aquella de la Legión de Honor, que tan en cara habrían de echarle sus émulos y de la que habían de hacer argumento contra su patriotismo.

¿Es que iría á revelar á todos sus pensamientos, sus planes y esperanzas? Pronto hubieran desaparecido las pocas que cupiese abrigar aun entre los más optimistas.

Porque, efectivamente, ¿cuáles podían ser en la tristísima situación en que se hallaban los españoles encerrados en aquellas islas y á 400 leguas de la madre patria? Una, sin embargo, se ofrecía, y no distante, á sus ojos. Allá, en el horizonte no lejano del mar que les rodeaba, se descubría una escuadra, si no de aliados hasta entonces, de enemigos, por lo menos, de la Francia. Eran sus naves las que habían precipitado las nuestras al fondo de los mares en Trafalgar y, licuado el hielo que cerraba el Báltico á la navegación, se las veía balancearse junto á los Belt amenazando siempre con repetir los estragos causados no hacía mucho en Copenhague. Pero enemigas, repetimos, del Imperio francés, como antes de la República, que no se cansaban de combatir en todas partes, ofrecían en aquellos momentos á los españoles una como vislumbre de que la situación de la Península haría cambiar, si no había cambiado ya, la disposición de los ánimos, llevando á los ingleses á favorecer una causa que acabaría por parar en guerra declarada con la Francia.

Veíase trabajando en ese sentido á un sacerdote de quien, aun disfrazado y ocultándose en lo posible, se sabía haber conferenciado con Romana; y conocida su nacionalidad británica, confirmada por su nombre de Robertson, se fué traslu-ciendo por algunos que, ya que no aquel oro inglés, pesadilla constante del emperador Napoleón, porque nunca había deslumbrado á los españoles, andaban por medio las artes que de tantos

siglos acá caracterizan la política de la Gran Bretaña. Pero ni esa muestra de la ingerencia inglesa en el conflicto hispano-francés, ni el motivo del aumento que recibió de pronto la escuadra á que acabamos de referirnos, llegaban á conocimiento de las tropas, quedando afortunadamente reducido al de algún ayudante ú oficial de Estado Mayor del Marqués, y eso, sospechado tan sólo de ellos, por lo secreto que se mantenía. No es, de consiguiente, extraño que en los distintos cantones de los españoles se unieran á las expansiones de la cólera producida por la noticia del Dos de Mayo, las sospechas más injuriosas y las murmuraciones por la conducta, prudente y reservadísima, de su General en jefe, tan cauto con sus compatriotas como disimulado con los jefes imperiales y las autoridades dinamarquesas.

Habría, sin embargo, de llegar el momento de una crisis suprema para aquel ejército. Pontecorvo, siguiendo las instrucciones que había recibido de Napoleón, exigió de las tropas españolas el reconocimiento del nuevo soberano que el Emperador en su insolente soberbia las había impuesto. No contaba, por desconocerlos sin duda, con la lealtad de aquellos soldados para sus anteriores juramentos, con la abnegación, energía é ingénita pertinacia en sus empeños de honor y patriotismo. Si en Jutlandia un general traidor ó cobarde pudo seducir á parte de los que mandaba mintiéndoles la sumisión de sus camaradas de las islas, en Fionia y Langeland, no sólo se resistió

la tropa á prestar el juramento que se la exigía, sino que rechazó las imposiciones que se la dirigieron y las amenazas con que se la quiso contener. Almansa se negó rotundamente á jurar, y contestó á las imposiciones y amenazas con voces de venganza y muerte; la Princesa se agrupó en derredor de su bandera en actitud tan imponente como triste, y por el órgano de un cabo declaró que no juraba á José ni á otro alguno; Villaviciosa y Barcelona manifestaron que sólo reconocerían al Rey que reconociese la Nación; y Cataluña impuso á la fórmula del juramento variantes y restricciones *mucho más valientes*, decía su Sargento Mayor, *que la negación absoluta*.

De allí y de aquel acto, ejemplo para siempre memorable de la lealtad española, arrancó la voz de ¡Á España!, que, electrizando á todos nuestros compatriotas, los preparó á las resoluciones más temerarias y á los sacrificios más sublimes. Entonces pudo Romana abrir el corazón á sus soldados para poner de manifiesto sus pensamientos, antes reservados, por la prudencia que exigían la responsabilidad del mando y la suerte de tanta y tan leal y valerosa gente como la puesta á sus órdenes. Y ya que en Roskilde la posición de las tropas, bajo la vigilancia de las autoridades y oprimidas por las muy superiores fuerzas de imperiales y dinamarqueses, sin medios, sobre todo, de evasión posible, hubo de causar su desarme para más tarde en Rusia, y combatiendo entre sus

mismos enemigos, dar muestra gallarda de sus brillantes cualidades militares, las demás, casi todas las de Jutlandia y Fionia, con su General, sus jefes y oficiales, pudieron reunirse en Langeland para hacer frente á sus opresores, si se atrevían á atacarlas, y buscar, en las naves inglesas que tenían á la vista, el camino de la Patria.

Un oficial, cuyo nombre no puede olvidar la historia, D. Antonio Fábregues, patriota catalán tan hábil como resuelto, logra, á nado, á veces, ó en barca, comunicar con los ingleses y con un marino español, D. Rafael Lobo, que acaba de unirse á la escuadra del almirante Keats con la misión de dar vado al embarque de sus compatriotas. Vuelto á las islas, Fábregues conferencia con Romana, y momentos después va una nube de oficiales del cuartel general á todos los cantones transmitiendo instrucciones y órdenes para que las tropas se trasladen como mejor puedan á Langeland, donde al poco tiempo consiguen reunirse con el de Cataluña todos los regimientos de Fionia y la mayor parte de los de Jutlandia. Y hecho en derredor de sus banderas y estandartes un nuevo juramento de no humillar tan gloriosas enseñas sino ante Dios y su Rey legítimo, el deseado Fernando, acto solemne que reproducirán las artes, montan las naves el 21 de Agosto para esperar en la costa de Suecia la llegada del convoy que ha de transportarlas á España.

"¡A España!" van repitiendo aquellos valientes con el ansia de compartir con sus camaradas de

nuestros ejércitos el rudo tráfago y los peligros de una guerra que parecerá interminable según el número de unos y el denuedo y la pertinacia de otros de los contendientes. Y el mar abrirá paso fácil por entre sus ondas á unas naves que llevan por norte *la Patria*, signo que va á ser el lema más honroso y la recompensa más ambicionada que brille en el pecho de sus tripulantes y en los fastos de su para siempre memorable expedición.

Pero todo: sus tristes presentimientos, primero, y sus recelos y vacilaciones; la resolución, después, heroica de resistir un juramento impuesto por el poder más robusto y tiránico entonces de la tierra, y el á todas luces temerario arranque de burlar las olímpicas iras del que asumía esa omnímoda autoridad con su incomparable genio, la brillante aureola de sus glorias militares y los halagos de la fortuna, atada, al parecer, á su carro para siempre; todo reconocerá por origen, móvil y fuerza el eco del Dos de Mayo que, como en las provincias de España, repercutió en la división del Marqués de la Romana con la misma impresión de tristeza y las de ira y anhelo de venganza iguales.

Europa toda se conmovió ante aquel espectáculo, que trajo á la memoria el ofrecido por los *diez mil* de Jenofonte. No necesitó el caudillo griego de quien pudiera ensalzar sus talentos y valor, que bastarían sus propios escritos para acreditarlos; pero no faltaron al Marqués de la Romana admiradores dentro y fuera de España que hicieran

resaltar las virtudes que atesoraba, su patriotismo, entre ellas, de que mostró Jenofonte carecer al combatir en las filas de los enemigos de Atenas. En España, las Cortes de Cádiz ahogaron los acentos de la envidia al decretar la inscripción estampada en el mausoleo, monumento que, como la Historia, perpetuará el glorioso recuerdo del Marqués de la Romana. En él se ve á Lord Wellington cubriendo de trofeos la estatua yacente del héroe español y en actitud de repetir las palabras que había pronunciado ante su cadáver: "El ejército español ha perdido en el Marqués de la Romana su más bello ornamento, su nación el más sincero patriota, y el mundo el más esforzado y celoso campeón de la causa en que estamos empeñados".

Sr. Director de La Época.

Madrid 2 de Mayo de 1873.

Yo soy un modesto madrileño, sin otra preocupación, señor director, esa sí, pertinaz, constante, que la de merecer opinión de patriota sincero, leal y consecuente.

Y no ya por el camino de los motines, inventados ó efectivos, ni siquiera por el que con su audacia abren los vencedores del día anterior, infinitamente más cómodo y productivo, sino que por el del espectáculo y el estudio de los que, algo más que palabras huecas y discordias de hermanos, supieron ofrecer en los altares de la Patria, es por el que he deseado siempre servirla honradamente.

Pero esta, señor director, es tarea muy rara en los tiempos que corremos, porque sólo se ejerce en sociedad con los muertos, que nada regalan de lo que generalmente busca la gente vividora; y por eso son muy pocos los que la emprenden con fe, con la necesaria al menos para que procure una pequeña satisfacción interior,

única recompensa que suele producir á vuelta de vigilias y sinsabores.

¡Hablar con los muertos! Yo me he equivocado grandemente al calificar de pequeña la satisfacción que eso proporciona. ¿Usted sabe, señor director, lo que es engolfarse en el piélago de la muerte y arrancar de su seno, sombrío si se mira desde la tierra, resplandeciente de luz y de enseñanzas para quien se sumerge en él, la verdad, que sólo sobrenada en sus tranquilas ondas?

No crea usted, sin embargo, que yo acostumbre á visitar la laguna Estigia ni á combatir con Cervero para meterme, así como de rondón, por los anchos pasadizos que conducen al Averno. No crea tampoco vaya á tomar ese otro lleno de misterios, y hoy en moda, del espiritismo, por el que dicen los aficionados que así se habla con los parientes ó los grandes hombres como si vivieran en sus antiguas casas ó se paseasen por el Prado ó la Carrera de San Jerónimo, donde tantos de los últimos bullen y pululan.

No, señor director, yo busco á los muertos en los libros, allí donde á fuerza de meditación y de asistir á las discusiones que en sus escritos provocan, logro conocerlos; y con mis preguntas y sus respuestas, mis acusaciones y sus defensas, entablo mis demandas, los fiscalizo y los condeno ó absuelvo, según sus faltas ó sus méritos.

Y tal comercio se ha establecido entre nosotros, tan nos hemos hecho ellos á mí y yo á ellos, que no parece sino que nos vemos y char-

lamos y reñimos como *inter vivos,* sin pensar que nos separan años que sólo nuestros patriarcas vivieron, y espacios que sólo pueden salvarse con dolores y lágrimas.

No pocas veces acudo también á visitarlos, y con piedad filial les pido inspiraciones que me revelen sus más recónditos pensamientos: aquellos, por supuesto, que agitaron en el mundo sus ánimos levantados.

Ayer noche, sin ir más lejos, y guiado por esa inclinación, irresistible en mí, á provocar la elocuencia, para tantos muda, de los muertos, me dirigí al Prado, y ya en él, al suntuoso mausoleo erigido por la piedad de mis convecinos á los mártires del Dos de Mayo.

¡Qué madrileño resiste á ese impulso en tal día y en ocasión como aquella!

Era la noche sombría, bien lo sabe usted; pero la bruma luminosa, aun cuando ténue, que arrancaba de la villa, y de las largas hileras de faroles que mantiene encendidos todo el año en el Prado nuestro espléndido Ayuntamiento, dejaba distinguir la mole veneranda del cenotafio y la elegante aguja que tiende á ponerlo en comunicación con el cielo.

Y heme aquí entregado á mis habituales distracciones.

En derredor mío todo era silencio, que algún ser humano se atrevía tan sólo á interrumpir con sus sollozos, empujado por el amor filial á la verja que circunda aquel campo, hoy comprimido por

el hierro, de la lealtad madrileña. A lo lejos una luz moribunda me indicaba otro lugar también de la tragedia, en tantos representada, del Dos de Mayo, y á mi espalda una lámpara de fulgor amarillento y vacilante iluminaba tristemente la sacristía donde se prepara el sacrificio incruento destinado á procurar paz y descanso perdurables á los que tanta sangre vertieron por la Patria.

¡El descanso eterno! La humanidad privilegiada no lo obtiene ni aun en la tumba. Los magnates y los héroes, si trabajaron para sostener ó adquirir ese rango en el mundo, reciben su premio en él con ser traidos y llevados, discutidos y juzgados sin defensa ni apelación.

Pero ¡oh prodigio! cuando más abismado me hallaba en esas tristes reflexiones, observo un bulto como de cuerpo humano que, cual si viniese de la marmórea mole, se dirige á la sacristía. Y detrás de él, otro y otro y otros cien, todos con aire grave, pero resuelto, y cruzando el férreo recinto sin esfuerzos, sin ruido, cual si no existiese allí para impedir el paso á las gentes.

¿Serían de este mundo las que así, con tal desenfado, sin temor á los bandos de buen gobierno y sin miedo á una descalabradura, acometían el paso de la robusta verja? Pero ello es que la atravesaron sin detenerse un momento, y lo que es más, sin montarla y sin lesión alguna al parecer, según continuaban de graves y de impávidos á la sacristía.

Al entrar en ella, la luz de la lámpara me per-

mitió distinguir á los que ya me parecieron sombríos fantasmas, dentro de cuyos ensangrentados sudarios caminaban con imponente majestad desnudos y horripilantes esqueletos.

La primera de las impresiones que en mí causara su aspecto—¿por qué no he de confesarlo?—fué la de un terror que espero no estrañará V., señor director y amigo. No tardé, sin embargo, en reponerme, sucediendo á ella la de un placer perfectamente comprensible en quien, como yo, ha andado siempre á caza de emociones, y cuando iba á tocar la realidad de ilusiones con ardor, pero sin esperanzas acariciadas.

¡Luego la visión del caballero *Verri,* me decía, no fué engendro de una mente perturbada; y las *Noches Romanas* pudieron ser la expresión verídica de coloquios que mediaran entre un mortal y las sombras de aquellos fieros republicanos que, después de haber llenado el mundo con su nombre, iban á dirimir sus contiendas de ciudad bajo las bóvedas de un sepulcro!

¿Qué poderoso resorte hacía saltar á las que mis ojos miraban llenos de asombro de la cripta del mausoleo que tenía delante? Porque indudablemente salían de él las que, cual vapor sutil, acababan de salvar el recinto sagrado que regaron con sú sangre los héroes del Dos de Mayo.

Y en ese concepto, evidente ya para mí que no cesaba de palparme temiendo ser presa de un ensueño, ¿por qué abandonaban su lecho funerario? ¿Qué irían á buscar aquellos seres sobrenatura-

les en el reducido y pobre tinglado de la sacristía?

Coléme en ella tras del último de los fantasmas, y con la posible cautela fuí á situarme en el rincón más próximo á la puerta.

Las sombras habían ido colocándose una junto á otra y formando una figura semejante á la de aquel improvisado salón; y cuando hubieron entrado todas, permanecieron por algunos instantes en silencio con las cabezas inclinadas al suelo y como sumidas en la meditación más profunda.

Una de las que formaban á la testera de la sacristía, de espaldas á la lámpara que iluminaba un pequeño y tosco Crucifijo, levantó por fin la cabeza; y con voz que los agujeros de su descarnada calavera hacían hueca y profunda unas veces, y otras sibilante y quebrada, dijo en tono, aunque acalorado, digno:

"Un impulso de indignación patriótica nos ha hecho saltar dentro de la tumba que la gratitud nacional erigiera para honrarnos y glorificarnos, y los designios, aun para nosotros inescrutables, del Eterno permiten que la abandonemos, siquier sea por breve, por poco duradero espacio.

"¿No hicimos aún bastante? ¿No fueron elocuentes todavía las manifestaciones de nuestro voluntario sacrificio en la gloriosa á la vez que infausta jornada del Dos de Mayo, para que se nos exija el de nuestras aspiraciones en aquel día? Cansados, como yo, debéis estarlo vosotros de ese empeño, sin cesar creciente, con que al arrullo de discursos armoniosos, y entre el perfume suave

de flores y guirnaldas, se viene á arrancar del mármol funerario una falsa revelación de los móviles del noble é inesperado arranque nuestro ante la arbitrariedad provocadora del extranjero. No se tributa ya el homenaje debido al patriotismo, ni siquiera se respeta el infortunio nuestro; y mi nombre, como el de éste que conmigo sucumbió en el Parque, mi nombre, como el de todos vosotros, víctimas de la falacia enemiga, no son invocados más que para inflamar los corazones españoles contra los españoles, no contra los que sedientos de sangre y de botin, siervos del tirano más ambicioso, y con el orgullo, á la par, de triunfos que creían imperecederos, vinieron á estrellarse en nuestro valor indómito y en nuestra incansable pertinacia.

„El patriotismo más puro, esto es, el amor á la tierra natal, el de su independencia y gloria; la lealtad inquebrantable al monarca alzado sobre el pavés por un derecho indiscutible y la voluntad unánime de la nación; el espíritu religioso más y más ardiente cada dia entre nosotros; la aspiración legítima también al libérrimo ejercicio de nuestras leyes y á la práctica secular de nuestras costumbres; la repugnancia, en fin, á someter nuestro juicio, y mucho menos nuestro albedrío, al arbitraje siempre ultrajante del extranjero; esos y no otros, bien lo sabéis, fueron los móviles de una conducta que, sorprendiendo al mundo, salvó á la Europa del tirano que la tenía esclavizada.

„Provoca la escisión una voz quebrada y sen l pero que revela elocuentemente, así como la lealtad monárquica, los sentimientos que la infancia desvalida inspira á las madrileñas. Ármase el pueblo, pero no con espingardas ni cañones; la ira convierte en bélicos instrumentos los domésticos y los materiales de construcción; y con ellos, y desde los sitios que la perspicacia de nuestros compatriotas adivina como propios á la ofensa, hostiga, acosa y rompe á las masas ordenadas del primer ejército del mundo. Pero aquellos soldados son los que, si entonces no, han recorrido antes la Europa derribando los altares del catolicismo, y aun se mofan de la fé y veneración religiosas. Hasta los hay entre ellos que recuerdan por sus uniformes á los enemigos ocho veces seculares de nuestros padres; y los madrileños, provocados á la vez por la ocupación extranjera, el amor al monarca vilmente engañado y su ardiente espíritu religioso, si perdonan al inerme y al suplicante, niegan toda piedad al provocador, y sobre todo al sanguinario, al salvaje mameluco.

„Cada derribo se transforma en un reducto y cada casa en una ciudadela. Pero ¿qué podían vuestro valor y vuestra abnegación sin armas y sin guías hábiles y expertos en los ejercicios marciales? Vuestro ardimiento enciende al que á mi lado está en patriótico entusiasmo, y vuela al parque en busca de medios con que hacer eficaz la resistencia que oponéis á las legiones imperiales. Antes de que podamos hacerlos llegar á vosotros,

nos vemos también por ellas circuídos; y después de lucha dilatada y sangrienta, abrumados por el número y rotos por la traición.

„Una triple corona adorna, sin embargo, nuestras sienes de patriotas, de leales y cristianos, corona que no llegarán á marchitar el rencor de los enemigos ni la torcida interpretación de nuestras aspiraciones.

„No fuimos ni fanáticos ni calculistas: como los Trescientos de Leónidas, teníamos la certeza de nuestro sacrificio, y nos lo imponíamos para dar testimonio de que los españoles no consentirían tampoco la dominación extranjera."

Calló el fantasma, y uno que á su frente estaba, tras de breve y respetuosa pausa: "Ahora, dijo, comprendo el que causaba tu inquietud, punzante estímulo, para que abandonásemos el frio osario de nuestro glorioso cenotafio. ¿Tanto te irritan, dí, tanto te ofenden, sombra del inmortal Velarde, los erróneos juicios que hace la posteridad de nuestros propósitos en aquel tan bien llamado *día lúgubre de Madrid?*

„Nos atribuyen, contestó el otro, ideas que no pasaron por nuestra mente y propósitos que no cabían en el estado social de aquellos tiempos; ponen en nuestros labios palabras que nunca salieron de ellos, y en los actos que ejecutamos quieren descubrir una tendencia que nos hubiera entonces privado de los laureles y palmas con que orlaron nuestra tumba la admiración y la gratitud de aquella generación de gigantes.

„¿Conque la actual, aun sucediéndola inmediatamente, no comprende toda la sublimidad del sacrificio de aquellos que, pocos y sin armas, pero sin dejarse arredrar por la disciplina de sus hasta entonces nunca vencidos opresores, rompen las ligaduras de hierro con que se intenta atarlos al carro del triunfador y dan el grito cuyo eco ha de resonar potente y victorioso en Bailén, en Gerona y Zaragoza? ¡Cómo ella, generación raquítica, revolviéndose en luchas fratricidas y desgarrando con ellas las entrañas de la Patria, ha de comprender un arranque tan general y grande que relega al olvido los de nuestros antepasados contra Roma y el Islam!

„Yo no puedo sufrir la discusión de sus utopias en el recinto que el patriotismo consagró á nuestros manes; yo no quiero escuchar una vez más las siempre iguales y por tantos repetidas frases de relumbrón que se nos dedican y con que se intenta extraviar al pueblo de Madrid, tan leal y valiente como agradecido y piadoso; y por eso, y previendo por las ofrendas de otros años las que nos esperan mañana, os he invitado á abandonar esa cripta sombría".

Cuál sería mi admiración, V. lo comprenderá perfectamente, señor director; no es necesario que rebusque frases con que pintársela. Manteníame, como ya creo habérle dicho, en un rincón tratando de ocultar mi persona á las miradas de los fantasmas, con los ojos clavados en el que estaba hablando, embebecido con su plática, y en

uno que no sé si llamar éxtasis ó delirio; tal era el arrobamiento de mi espíritu.

Las demás sombras permanecían sombríamente mudas, pero el ruido que dentro de los amplios sudarios producían sus armaduras de hueso revelaba toda la impresión que en ellas hacía el vehemente discurso de su compañero.

Esperaba yo que éste lo hubiera concluído, cuando con los brazos abiertos, como quien pide una respuesta á todos, continuó: "¿Y no podríais decirme, que yo no he logrado formar un juicio exacto, qué es hoy de nuestra Patria, cuyo estado no es fácil conocer por las frases que se nos dirigen, fuente, sin embargo, de vagos presentimientos que me la hacen considerar como triste y desgraciada?

Y el á quien antes había aludido, á su izquierda situado, y que V., señor director, tendrá como yo por D. Luis Daoiz, revelando en su decir el grande entendimiento que le distinguia en vida, contestó al punto con voz insinuante y persuasiva:

"¿Desgraciada? Más infeliz, infinitamente más de lo que puede concebir la penetración más viva. ¿No la veis ahora despojada de aquella rica vestidura que, aun cuando ajada por los años, que también las naciones envejecen, nos envidiaban las demás de Europa, y no veis también cómo las últimas perlas de su corona caen hechas pedazos con el trono secular que la sustentaba á impulso de las divisiones y de los errores que la perturban? No ya talentos, de que tan fecunda se mostró

la España de nuestros abuelos; no ya caractéres, de los que tan brillantes retoños asomaron en la que ilustrasteis con vuestro admirable sacrificio, sino que ni aun espíritus reflexivos ni ánimos fuertes buscan hoy el regenerar la Patria, el detenerla siquiera en el borde del abismo á que se ve inclinada. Hombres *listos* hacen vez en España de los de Estado; se toma por habilidad el arrastrarse en pos de las muchedumbres; y con el valor de las batallas y la ira de las luchas civiles se cree atesorar en España el genio, la pericia y la entereza de nuestros más ilustres capitanes. Las ideas prácticas han dejado su lugar para que las ocupen las teorías más absurdas; no son ya necesarias las armas, y aquel cuerpo militar cuyo uniforme cubrió nuestros despojos mortales, aquel cuerpo que en la heroica lucha que iniciasteis fué la admiración de nuestros enemigos por su ciencia y disciplina, peregrina hoy, disuelto y vagabundo, víctima, como todo el ejército, de utopistas, pusilánimes ó malvados. El patriotismo no es ya virtud; y sin el pueblo de Madrid, donde aun se conserva, con el calor de la sangre, la memoria de la gloriosa hecatombe del Dos de Mayo, hoy sería un montón de escombros ese bello mausoleo, y en nombre de la fraternidad universal nuestros huesos andarían esparcidos y profanados por la tierra.

„El patriotismo no; tampoco el ardor religioso; la lealtad monárquica menos: la libertad, nos dicen; la libertad, nos repiten todos los años, es la

que inspirándoos el sentimiento de la independencia personal y política, provocó en vosotros la resistencia al déspota.

„¡La libertad! dijo otra sombra: ¡la libertad! ¿Qué español no la ama? Y ¿cómo no ha de amarla sabiendo que conduce á la confianza en sí propio, de donde emana la dignidad personal, de que tanto presume nuestra raza? ¿Qué pueblo sino el español, en unión con sus monarcas, rechazó el feudalismo, ahogándolo en su origen al ser importado por esos mismos galicanos que, sosteniéndolo en su patria, hicieron justa y conveniente una revolución, innecesaria en España por las condiciones sociales de nuestros antepasados?

„Pero la libertad, *cuyo nombre es tan dulce*, había revelado de muy antiguo la *dificultad de su uso*; y el pueblo español, aun siendo tan inclinado al sentimentalismo, se resistió á gustar de la *amargura de su abuso,* probada bien tristemente entre los vecinos del otro lado del Pirineo.

„¡La libertad! interrumpió con vehemencia otro de los fantasmas: ¿qué es eso? Los madrileños sólo sabíamos que los que entonces presumían de conocerla se ofrecieron al tirano para adularle y servirle.

„¡Ah! Madrid, cuna de un pueblo que ha dado los ejemplos más insignes de amor á la independencia, de respeto á las costumbres nacionales, de desprecio al poder apoyado en el favor inmerecido ó el capricho: no escuches las mentidas esperanzas con que te brindan los que quieren ha-

cer de ti el escabel de su fortuna para abandonarte después. Porque *sólo tú eres corte*, y te arrebatan esa gloria; tú fuiste la primera en rechazar al extranjero, y quieren confundirte con las que se sometieron á él cobardemente; tú derribaste los ídolos del despotismo, y como si los hubieses adorado, intentan echar por tierra el testimonio que les ofende de tu noble empresa."

No sé adónde pensaría llegar el madrileño en su apóstrofe si no le hubiera interrumpido una lúgubre campanada que vino á anunciar la proximidad de la mañana. Un trueno descomunal, el rayo penetrando en la sacristía, no hubiera causado la impresión que aquel grave y lejano sonido produjo en los fantasmas. Parecía como si temieran no tener tiempo para ocultarse de los destellos luminosos de la aurora que mi vista no podía, sin embargo, distinguir en las todavía densas tinieblas de la noche. Y á cada campanada de las que se sucedían en el doblar, que en honor de aquellas sombras reanudaban las iglesias de la villa, la impaciencia crecía en los que, aun atropellándose, no lograban abandonar el tinglado inmediatamente. Al ver cómo desfilaba la última, salí yo también al campo, mas halléme en la misma soledad que momentos antes de aquella aparición extraña y conmovedora.

¿Adónde se habrían dirigido los fantasmas? ¿A la cripta tenebrosa que habían abandonado, ó á buscar en Gerona ó Zaragoza amor y tranquilidad en aquel día?

Yo, señor director, me temo que al mausoleo, donde, con hacer un rato lo que vulgarmente se llama oídos de mercader, se ahorraban un viaje largo é incómodo.

Pero yo salí afectado con sus discursos.

Soy liberal —no lo ignora usted—, conozco un poco el carácter español, y sé todas las exageraciones que entraña; pero aun así, yo creo que no les faltaba á las sombras su tanto de razón para oir con dolor y hasta con repugnancia la interpretación que generalmente se da á los propósitos suyos en tanto discurso como se les dirige en el aniversario de su gloriosa é inolvidable hazaña.

Repito que salí conmovido; y al retirarme de aquel lugar venerando para comunicar á usted mis impresiones de la noche, no pude menos de traer á la memoria aquellos versos del amigo Hartzenbusch:

¿No sentís esa campana
Que se mece en lento giro?
Cada son recuerda un tiro
Que una vida castellana
Dejó al mundo que llorar.
Sangre allí por mano aleve
Derramada, formó arroyos,
Y encerraron anchos hoyos
Sacerdotes con la plebe
Confundidos á la par.

Soy de usted, señor director, apasionado amigo y seguro servidor q. b. s. m.

J. G. DE ARTECHE.

VINDICACIÓN PATRIOTICA

El General Barón de Marbot dejó escritas unas *Memorias,* que han salido á luz recientemente. Si no la historia del ejército francés, según se la encomendaba el Emperador Napoleón en su testamento, Marbot nos ha legado el recuerdo de sus proezas en las cien campañas de aquel ciclo, que excitó en su tiempo, y seguirá siempre excitando, la admiración del mundo militar y político. Pero el Barón, cuyos escritos han adquirido cierta celebridad por lo pintoresco y ameno del estilo y por lo vario de las narraciones que contienen, se *distrae* con frecuencia, llevado, sin duda, de una fantasía que, aun siendo eminentemente francesa, supera con mucho la de cuantos se han dedicado á transmitirnos las glorias militares de la *Gran Nación.* Y como propia de este día, y como muestra elocuentísima de esa *distracción,* que no de otro modo queremos calificar las exageraciones á que suele entregarse el General Marbot en sus deleitables *Memorias,* allá va una frase entre to-

das las que se refieren al Dos de Mayo de Madrid, en que tomó parte, á las órdenes de Murat, el célebre Lugarteniente de Napoleón en España.

No tenemos tiempo, espacio ni voluntad tampoco para más.

Allí (en la Puerta del Sol), dice, encontramos al Príncipe Murat á las manos con una multitud inmensa y compacta de hombres en armas, entre los que se veían *algunos miles de soldados españoles con cañones, vomitando metralla sobre los franceses*.

De modo que Marbot vió tropas españolas, y con artillería, oponiéndose á la entrada de Murat en la Puerta del Sol, á pesar de ir los franceses precedidos de los tan famosos mamelucos, quienes, al decir del Barón, hicieron en un instante volar *un centenar de cabezas* de nuestros, á su solo aspecto, atemorizados compatriotas.

Y como todo eso es falso, y no pudo, por consiguiente, verlo el *poético* historiador francés; como tal aserción atenta al honor del ejército español, que, de creerse exacta, aparecería lleno de espanto ante gentes que, después de todo, no tenían de *turcos* sino su abigarrada vestimenta, y como tiende, además, á despojar al pueblo de Madrid de su más preciado timbre, el de aquel día, tan glorioso como infausto y lúgubre, vamos á, como vulgarmente se dice, poner las cosas en su punto, la verdad en su lugar, y en su lugar también el error de Napoleón al confiar al General Barón de Marbot la misión *de defender la*

gloria de los ejércitos franceses y confundir á sus calumniadores y apóstatas.

Principiaremos por decir que Murat no estuvo el Dos DE MAYO en la Puerta del Sol.

Al tener noticia de lo que acontecía en la plaza de armas del Real Palacio, se trasladó desde su alojamiento de Doña María de Aragón, hoy Ministerio de Marina, á los altos del Príncipe Pío y la Puerta de San Vicente, de donde fué haciendo penetrar en Madrid las innumerables fuerzas de que disponía, así las que se dirigieron al centro de la población, como las que atacaron el Parque, defendido por Daoiz, Velarde, Arango y Ruiz. No sólo Azanza y O'Farril, que con el general Harispe recorrieron toda la villa tratando de calmar á los madrileños, y le visitaron varias veces allí, sino que Chemineau, agente francés entonces y testigo presencial en aquella fatal jornada, Thiers, Schépeler, Toreno, cuantos historiadores nacionales y extranjeros le han descrito, aseguran todo lo contrario de lo que Marbot dice.

No se trate de las tropas españolas reunidas en la Puerta del Sol, y cuya metralla no le haría seguramente mucho daño. Todas, aunque furiosos y coléricos sus oficiales y soldados de no tomar parte en un combate en que veían tan desigualmente comprometidos á los paisanos, sus compatriotas, inermes y dispersos, se mantuvieron dentro de los cuarteles en cumplimiento de las severísimas órdenes que habían recibido de la Junta de Gobierno, sobre todo, y del capitán general y

del gobernador de la plaza. Solamente pelearon la compañía de Granaderos del Estado en que iba Ruiz, destacada para la custodia del Parque de Monteleón, y los pocos artilleros que cuidaban del material allí almacenado. El teniente Arango, su jefe más inmediato, y Ruiz desarmaron la guardia francesa; y Daoiz y Velarde con ellos, ejecutaron la hazaña admirable que les valió la inmortalidad de que gozan en la memoria de los hombres y en los fastos de la Historia.

No hay sino el general Marbot que desconozca esos hechos, ni quien se haya atrevido á ponerlos en duda. Por su parte, ni los menciona siquiera el concienzudo historiador francés.

Al pueblo de Madrid es á quien se debe aquel arranque de lealtad, generoso y heroico; protesta elocuentísima de las artes y violencias con que se pretendía someterle á destinos que repugnaba, preparados de muy atrás por la ambición más desenfrenada y el espectáculo, después, de innúmeras legiones nunca vencidas hasta entonces. Y esa exaltación sublime, que, como alguno ha dicho, no puede confundirse con el fanatismo tratándose de un sentimiento que así lleva á la muerte por la Patria, exaltación provocada en Madrid al ponerse de manifiesto la perfidia napoleónica con el alejamiento de nuestros Reyes en busca de protección donde sólo iban á hallar desvío y esclavitud, produjo el cruento sacrificio del Dos de Mayo. Los ayes de las víctimas se hicieron oir en todos los ámbitos de la Península, y del encum-

brado Pirene á las columnas de Hércules resonó un grito, pero potente y tremebundo, llamando á la venganza y á la heroica, á la temeraria resolución de resistir y vencer al coloso que esperaba realizar en España su sueño del imperio universal.

Esa es una gloria que nunca lograrán eclipsar las distracciones, las falsedades mejor dicho, del Barón de Marbot.

ÍNDICE

Págs.

Dos de Mayo de 1808 (Cuadro histórico).—Publicado el 2 de Mayo de 1882 en la *Revista Militar Española*..... 5

El luto del Dos de Mayo (Monografía histórica).—Folleto publicado el 2 de Mayo de 1884..... 35

Napoleón y el Dos de Mayo.—Artículo publicado el 30 de Abril de 1893 en *La Ilustración Española y Americana*..... 85

El Dos de Mayo en la División del Marqués de la Romana.—Artículo publicado el 30 de Abril de 1895 en *La Ilustración Española y Americana*.. 107

Carta al Sr. Director de "La Epoca", publicada en este periódico el día 2 de Mayo de 1873..... 125

Vindicación patriótica.—Artículo publicado el 2 de Mayo de 1896 por el semanario ilustrado *Apuntes*. 141

Acabáronse de reimprimir estos escritos en la imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid el día 2 de Mayo de 1908.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Agenda militar.—Recopilación de cuantos datos y conocimientos pueden ser necesarios á los Oficiales de todas armas en el servicio de campaña. — Un tomo en 12.°, en rústica, 2 pesetas.

Geografía histórico-militar de España y Portugal. — Obra de texto en varias escuelas militares y premiada en los Congresos internacionales de Ciencias Geográficas de París de 1875 y de Berna de 1891.—Un tomo en 4.°, cuarta edición, en cartón, 9 pesetas.

Descripción de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este Imperio, con mapas de D. Francisco Coello. – Un tomo en 8.°, agotado, en rústica, 3 pesetas.

Guerra de la Independencia. — Historia militar de España de 1808 á 1814. — Catorce tomos en 4.°, segunda edición.—Toda la obra, en cartón, 140 pesetas en Madrid.

Un soldado español de veinte siglos. — Relación verídica. — Un tomo en 4.°, segunda edición, en rústica, 5 pesetas.

Nieblas de la historia Patria. — Contiene: El tamborcillo de San Pedor.—Las Zaragozanas en 1808.—El Alcalde de Montellano. — Una intentona ignorada contra Gibraltar.—El Alcalde de Otivar. — La misión del Marqués de Iranda en 1795.—El Marqués de Torrecuso.—Un proyecto estupendo.—Mahón.—La leyenda del Marqués del Duero; segunda edición notablemente aumentada é ilustrada. Un tomo en 4.° mayor, en rústica, 15 pesetas.

Historia de Carlos IV. — Obra ilustrada. — Tres tomos en 4.°; la obra completa, 45 pesetas en rústica; encuadernada, 60 pesetas.

Centenario de los Sitios de Zaragoza.—Contiene: Nuestra Señora del Pilar.—Las Zaragozanas en 1808.—El fraile en la Guerra de la Independencia.—La mujer en la Guerra de la Independencia.

Folletos.

Fernando VII en Valençay.—Tentativas encaminadas á procurar su libertad, 2 pesetas.

Expedición del Marqués de la Romana al Norte de Europa en 1808.—Discurso académico, 2 pesetas.

Elogio del General D. Mariano Alvarez de Castro.—Sitio de Gerona en 1809. Discurso académico, 2 pesetas.

Elogio del General Marqués de San Román.—Discurso académico, 2 pesetas.

El General Zarco del Valle.—Estudio biográfico, 2 pesetas.

El General D. Fernando Cotoner, Marqués de la Cenia.—Idem íd., 2 pesetas.

El General D. Rafael Echagüe, Conde del Serrallo.—Idem íd., 2 pesetas.

Juan Martín, el Empecinado.—Los Guerrilleros de la Guerra de la Independencia; conferencia, 2 pesetas.

De la cooperación de los ingleses en la Guerra de la Independencia.—Idem, 2 pesetas.

La Conquista de Méjico.—Idem, 2 pesetas.

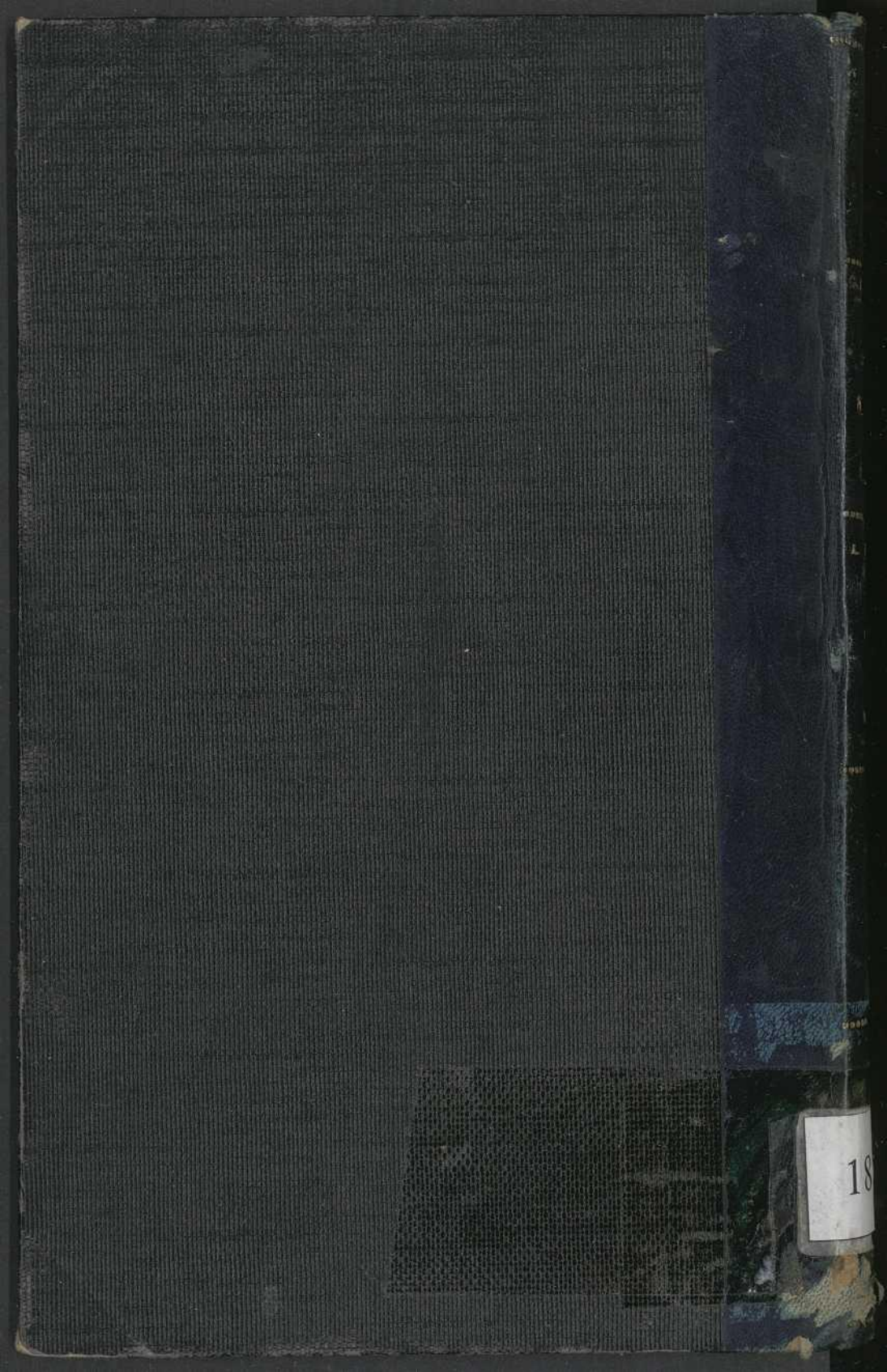
De por qué en España son tan largas las guerras.—Discurso en el Centro del Ejército y de la Armada, 2 pesetas.

Constitución y empleo del ejército en España.—Idem ídem, 2 pesetas.

La mujer en la Guerra de la Independencia.—Conferencia á las señoras, 2 pesetas.

La mujer en el trono.—Idem íd., 2 pesetas.

Los pedidos, previa remisión de su importe, pueden hacerse á D. Macario López, calle de Lope de Vega, número 61, Madrid.



G. ARTECHE

DOS DE MAYO DE 1808

18.10